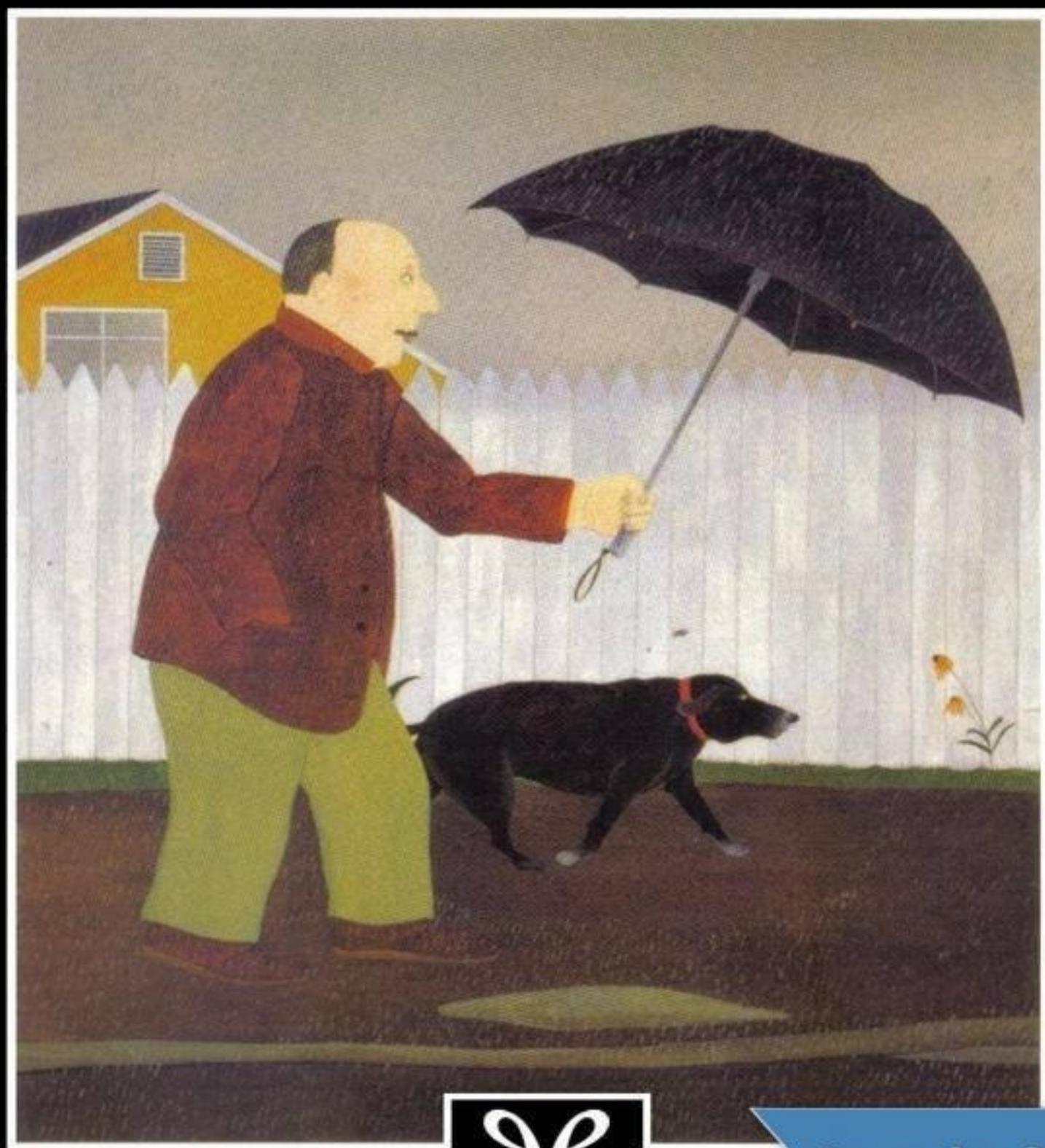


Philippe Delerm

LLOVIÓ

TODO EL DOMINGO



de

Lectulandia

Arnold Spitzweg, alsaciano de origen y parisiense de adopción, es un sencillo empleado de Correos que, con el tiempo, ha aprendido a rellenar su soledad con el sabor de pequeños placeres que nos dan tregua en las inclemencias de la vida y logran hacernos, fugaz pero incuestionablemente, felices. A Spitzweg le gustan los comienzos de las novelas de Simenon, los aromas y sabores de las brasseries, pasear a ciertas horas por París y viajar a las playas de Ostende, aunque sólo sea por el placer de regresar. También mantiene un discreto idilio con una compañera de trabajo, pero trata de guardar las distancias con la pasión, porque conoce las virtudes de la templanza. Por eso lleva una existencia deliberadamente contenida en los márgenes de lo anodino. Aun así su melancólico hedonismo nos induce a plantearnos, en la vorágine diaria, el sentido real de cada uno de nuestros esfuerzos cotidianos.

**Lectulandia**

Philippe Delerm

# **Llovió todo el domingo**

ePub r1.0

Titivillus 02.05.18

Título original: *Il avait plu tout le dimanche*

Philippe Delerm, 1998

Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

¿Hay alguien aquí que quiera amarme?

Johnny Halliday

Hay que vivir en París. Si el señor Spitzweg bucea un poco en lo más profundo de las normas que rigen su existencia, ése es el único axioma que perdura, como si todo lo demás derivara de ello. Todo lo demás... El señor Spitzweg se vería en un aprieto si tuviera que decir qué es todo lo demás. Cuando lo destinaron a París hace treinta años, tras ganar las oposiciones a Correos, el señor Spitzweg no eligió realmente el barrio. El distrito XVIII no era muy caro, y encontró aquel pisito de dos habitaciones en un primero izquierda del 226 de la Rue Marcadet, enfrente mismo del Square Carpeaux. El piso es exiguo, muy oscuro —necesita luz eléctrica casi todo el día—, pero el edificio de sillería tiene un excelente aspecto. Hay plantas en la entrada y cubre la escalera una alfombra roja más que decente. Al pequeño palique bicotidiano con la portera ha venido a sucederle la frialdad de un mando electrónico que requiere teclear un código de acceso, pero, a fin de cuentas, el señor Spitzweg se siente bien en su casa. Tiene sus costumbres.

Pero la cuestión no estriba en eso. El señor Spitzweg podría sostener que cada barrio de París es un pueblo, que el suyo, en particular... Sin embargo, esa clase de tópico bucólico-urbano no cuadra con el temperamento del señor Spitzweg, sépanlo. No, lo que le gusta es algo más impalpable; en París, el señor Spitzweg se siente en el centro del mundo. Si se le pregunta por qué, adoptará un aire doctoral, casi agresivo, y contraerá las mandíbulas, denegando con una mueca:

-Porque aquí es donde te pasa eso, y ya está.

Ya está. Os quedaréis igual. En París es donde pasa eso. ¿El qué? Lo que produce en los viandantes ociosos la deliciosa sensación de vagar por el corazón del mundo. El señor Spitzweg podría decir, en palabras de Gavarni: «¡Qué caracteres en la Rue La Bruyère! ¡Qué máximas en la Rue La Rochefoucauld!». Pero es más que eso. La grata suavidad de un atardecer de octubre, acodado en el pretil del puente Louis-Philippe. La noche que cae sobre el resplandor de los faros. Todos los pasados, ningún futuro. No tiene vuelta de hoja, eso sólo pasa aquí.

El señor Spitzweg está solo. Fue un proceso lento. La juventud en Alsacia. El idilio nunca formulado con Hélène, la hija de la familia que regentaba la *winstub* Necker. Un idilio abiertamente barruntado por todas las miradas del pueblo, más los dimes y diretes en la panadería. Hasta que al final Hélène se cansó de esa idea demasiado antigua. Le tenía cariño a Arnold Spitzweg, nada más. Bajo el rubio y fino cabello de su prometido se adivinaba el futuro espesamiento de los rasgos, la inminente calvicie. Y Hélène prefirió a Wolheber, el hijo de un viticultor, alto, muy moreno, ancho de hombros y estrecho de caderas.

En parte Arnold se fue a París por eso. Pero no sólo por eso. Le gustaba ser el Spitzweg hijo que trabajaba en París. Luego murieron sus padres, y se tropezaba ya con pocos conocidos en la *winstub*, cuando llegaban las nueces y el vino joven. Así que ha ido espaciando sus visitas, cada vez menos ufano. En Kinzheim, todavía hay más de uno que le espera:

—¡Arnold! ¿Cómo va por la capital?

Arnold... Sí, desde luego, todavía puede intercambiar alguna frase en dialecto. Pero su nombre de pila se le antoja extraño, como si fuera un traje prestado que le hubieran endosado. Incluso hablando se siente solo. El señor Spitzweg.

El señor Spitzweg no tiene contestador en su viejo teléfono. No le llama nadie. ¿Cómo se le ocurrió entonces comprar un móvil? Desde que ese objeto hizo su aparición en las aceras parisinas, le fascinó. Un día, muy cerca de él, un joven ejecutivo sacó el aparato del bolsillo con calculado desenfado. Extendió la pequeña antena, tecleó un número y se puso a hablar. El señor Spitzweg sintió entonces que le asaltaba una inmensa oleada de melancolía. ¡Cómo!, ¿en mitad de la Rue de Rennes, a dos pasos de la Fnac, podía uno echar a volar de repente, fingir que caminaba en el corazón de aquella masa de gente presurosa, y hablar al mismo tiempo con alguien que podía estar en un jardín, o incluso a orillas del mar? De inmediato, al señor Spitzweg le vino al pensamiento Hélène Necker, cosa que no le ocurría hacía mucho. Si él hubiera llamado a Hélène... La hubiera sorprendido sola en pleno silencio del pueblo, a primera hora de la tarde, mientras sus hijos estaban en el colegio y el tontorrón de Wolheber sulfataba la viña.

—Perdona, Hélène, pero ahora te oigo peor. Debe de ser por la torre Montparnasse.

Su prestigio de parisiense se hubiera materializado y hubiera cobrado visos casi fantásticos, casi como si acabara de abandonar la escuela primaria de Kinzheim para deslumbrar por fin a la niña de largas trenzas que, jugando a la rayuela, empujaba el tejo con el pie sin mirarlo. ¿Qué relación había? Por el móvil del ejecutivo, al señor Spitzweg le pareció oír el chorro de agua del urinario durante el recreo de la tarde.

Tres días después se compraba un móvil. No lo comentó con nadie en la oficina de Correos de la Rue des Saints-Pères. Un tanto cobardemente, un día llegó al extremo de meterse, en presencia de sus colegas, con esos hombres de negocios que «se chulean» ante la gente por las calles de la capital. Desde entonces, ha declinado la moda, el aura de los peatones con móvil ha disminuido. Pero para el señor Spitzweg perdura la magia. El no «se chulea» ante la gente. Se limita a existir. Regresa a su casa andando. Al llegar a la Place de la Concorde, o a la Madeleine, saca el aparato con expresión golosa y de repente se siente dueño del mundo. 08 36 68 02 75. Llama al teléfono del tiempo. Al señor Spitzweg le gusta saber el tiempo que va a hacer.

—No, a mí no me escandaliza.

El señor Spitzweg oye con frecuencia esa frase. Bien es cierto que él estalla con facilidad, las más de las veces en el comedor. Lo que le enciende no es la botella de tinto Garriguette. Es una santa cólera que al inicio de la digestión viene a cosquillar su capacidad de indignarse. Es superior a sus fuerzas.

No bien empieza a subirse por las paredes, el señor Spitzweg nota que su auditorio se aleja. La gente lo mira enzarzarse, vociferar. Cuanto más aumenta su locuacidad, más circunspecta, cortésmente reservada y muy pronto vagamente crítica se vuelve la gente. Y eso se advierte en los labios una pizca huraños, en las miradas un pelín ausentes. La vehemencia del señor Spitzweg va *in crescendo*. En vista de que no suscita la adhesión de nadie, le gustaría desenvainar la espada. Se pone encendidísimo. La gente se siente molesta. Y el animal de sangre caliente no aguanta más: ¿qué es esa conjura de apacibles batracios y de soñolientos camaleones a su alrededor? Al final, alguien acaba dejando caer la frase asesina desde lo alto de su Olimpo:

—¡No, a mí no me escandaliza!

Y, cada vez, el señor Spitzweg cae en la trampa. Soliviantado, irrisorio, sabe hasta qué punto sus discursos son vanos ante tan triunfal despego. Sí, desde luego, la próxima vez esperará a que empiecen a hablar los demás. Entonces él traicionará, se pasará al otro bando por el placer de tomarse por fin un café tranquilo, removido con pulso firme, desprovisto de pasión. La próxima vez será él quien no se escandalice. La próxima vez.

El señor Spitzweg no tiene nada contra los supermercados. No suelen disgustarle los congelados ni, incluso, los platos precocinados cubiertos con papel de celofán. Esta noche le apetece tomarse una *choucroute*; de su último viaje a tierras alsacianas se trajo unas excelentes botellas de Edelzwicker que no se encuentran en París. Pero la verdad es que la *choucroute* para dos personas, en su recipiente de porcelana que luego puede uno conservar, es demasiado opulenta y poco apetitosa, con sus salchichas rosáceas cuyo colorante segrega una babosa aureola sobre la col. De modo que se pone a buscar un tarro de *choucroute* al natural y, aparte, salchichas de Francfort y de Estrasburgo. Desafortunadamente, en el súper las venden en paquetes de seis. Al señor Spitzweg se le sube la sangre a la cabeza.

—¿Ah, sí? ¡Pues ahora mismo me voy a comprar la *choucroute* a la tienda de la señora Bornand!

La intimidad del señor Spitzweg con su charcutera es más que relativa. Si bien el apellido Spitzweg aflora en ocasiones a los labios de la señora Bornand, ésta suele prodigarle más habitualmente uno de esos «Buenos días, señor... eh...» de equívoca amabilidad, en los que el gesto de reconocimiento subrayado al alzar la barbilla queda de inmediato desacreditado por el desfalleciente «eh...». Pero, precisamente, declarar ante la señora Bornand que ha quedado uno profundamente asqueado por la calidad de la *choucroute* del súper, y que vuelve movido por una santa cólera a reconfortarse en sus expertas manos, es algo que por fuerza ha de contribuir a reforzar vínculos. Al señor Spitzweg no le disgusta la perspectiva de esa pequeña escena. Si hay dos o tres clientes en la tienda, todavía quedará mejor. En la acera, al tiempo que esgrime una astuta mirada, va barajando dos o tres frases bien construidas.

Pero la señora Bornand está sola en la tienda, y el señor Spitzweg lo acusa de inmediato: la primera frase, que llevaba demasiado preparada, se le ha quedado ahogada en la garganta y no ha producido el efecto de complicidad deseado.

—Imagínese...

La señora Bornand muestra una imperceptible vacilación. ¿Qué alambicado subterfugio es ése? ¿No serán sus salchichas las que ese hombre está criticando y poniendo en tela de juicio de manera hipócrita? Pero se tranquiliza al ver la congoja que se pinta en el semblante del señor Spitzweg. Mientras pesa ciento cincuenta gramos de *choucroute* en la balanza, la señora Bornand deja caer con ánimo de rectificar:

—¿O sea que, mientras le estaban sirviendo, usted fue y dijo: «¡déjelo!»?

El señor Spitzweg está en ascuas. No se atreve a confirmar tan heroica versión de los hechos, pues incurriría en una burda mentira. Entonces, lastimosamente, se ve abocado a reconocer que no estaban sirviéndole, sino que se limitó a decirse...

El «¡ah, bueno!» de la señora Bornand suena en extremo condescendiente. Al señor Spitzweg se le borra la sonrisa. Sale de la charcutería sosteniendo el paquetito en la mano derecha extendida. De golpe, la cena ha perdido todo su aliciente. La

*choucroute* de la señora Bornand ya no le parece tan buena. A saber si será casera. En la tele no dan nada que valga la pena. El señor Spitzweg se siente de lo más escéptico.

El señor Spitzweg no es un gran aficionado a los museos. Aun así, «se patean» todas las exposiciones. Tanto dan estilos o épocas: Toulouse-Lautrec, Chagall, Sisley, Corot, Bacon o Picasso. Por lo demás, la pintura ocupa en su biblioteca y en su vida un espacio sumamente modesto. Pero lo importante no acaba de ser la pintura. Es más bien una especie de rito que ha venido imponiéndose en los últimos años. Incluso entre las mentes más televisualmente primitivas de la oficina de Correos de la Rue des Saints-Pères, la pregunta es casi obligada:

—¿Ha visto usted lo de Bacon?

—Pues no, aún no he tenido tiempo. Pero bueno, todavía queda un mes.

Es un deber, y el señor Spitzweg disfruta con el deber.

Además, está lo de hacer cola. A veces uno puede pasarse más de tres horas esperando en la acera. Resulta muy tranquilizador. Si la gente espera, será porque hay algo que ver. En los países del Este la gente aguarda pacientemente ante las tiendas de alimentación. En París se hace cola para ver a Bacon. Y, siempre, esa pequeña mirada de asombro cuando se descubre la amplitud de la catástrofe, la serpiente humana que se estira a lo largo de trescientos metros. Pero uno se integra en ella. La cortés sumisión de la multitud parece de lo más reconfortante. Tras permanecer totalmente inmóvil durante media hora, es delicioso sentir que una onda de esperanza se pone en movimiento, acaricia la columna vertebral del rebaño: como quien no quiere la cosa, con la mirada ausente, avanza uno tres metros, a pasos casi laterales. Allí sólo hay gente civilizada, no se producen excesivos apretones. Cada hombre es una isla, mientras espera a Bacon.

El señor Spitzweg conserva un recuerdo un tanto vago de las distintas exposiciones que se ha ganado a pulso. Pero en su memoria puede hacer desfilar al detalle cada una de las colas de espera, esas colas que jamás se ponen en movimiento de manera idéntica. Una vez se llega al museo, las cosas se trivializan y se precipitan. La gente se aglomera desagradablemente ante los lienzos. Además, el señor Spitzweg no lo niega: es un deplorable alumno de museo. El cuadro que acaba siempre prefiriendo es ese rinconcillo de jardín recortado por una ventana alta, entre dos salas. Ciertamente, podría argumentársele que, para ver ese tipo de cuadros, basta y sobra un museo desierto. Pero cuando el gentío se apretuja alrededor de uno, el goce de mirar por la ventana es de índole totalmente distinta, y, después de tanta procesión servil, se siente uno de pronto libre, diferente.

En cuanto a lo demás, basta adoptar un aire enterado y satisfecho mientras desfila uno ante los cuadros. Por otra parte, más que ver, lo que importa es haber visto. El señor Spitzweg sale del museo con la satisfacción del deber cumplido. Ha salido un poquito de sol después de la lluvia. El señor Spitzweg deambula por el asfalto con la mente despejada.

El señor Spitzweg no es un seductor. Debería fumar en pipa, dejar flotar a su alrededor efluvios de Holanda y de miel. Su anónima figura se prolongaría con una estela de humo perfumado, melancólico. Le atribuirían sabrosas molicies, un excelente tino para elegir el *tweed* y la pana, algún que otro antiguo amor envuelto en la bruma, tal vez.

El señor Spitzweg no es un seductor. Prefiere los puritos. Precisamente esos que las mujeres denominan «infectos puritos». El señor Spitzweg no tiene muchas mujeres a quienes molestar. Ni la amplitud sudamericana, ni la voluptuosidad tropical. Ni el toque flor de sabana, salvaje, complejo, ni los grandes espacios liados sobre muslos de cubana. No. Al señor Spitzweg le gusta la caja sobria muy francesa, el Ninas. Nunca dejará tirada la pequeña cajetilla en la mesa de un bar, con ese desenfado que crea una atmósfera. Fuma únicamente para sí mismo. El amargor un pelín venenoso del purito es algo puramente suyo. Los días de gran perversión, llega a decirse para sus adentros que el purito es malo para los demás porque es bueno para uno..., al revés que la pipa, con la que disfruta todo el mundo menos el propio fumador, reducido éste al papel de gran sacerdote de un ceremonial que él mismo no saborea.

El purito representa la auténtica soledad, una solapada manera de mostrarse huraño en el placer. Nubes de acritud exhaladas a breves bocanadas en las aceras, que si son gratas es precisamente porque nadie quiere de ellas. El señor Spitzweg no es un seductor.

«¿Por qué me mira éste así? ¡Que se meta su jovialidad donde le quepa, que a mí me importa un rábano!» El señor Spitzweg lo tiene observado; la gente vive mucho en la mirada de los demás. Sí. Por ejemplo, esa guapita que se está acabando el café en una terraza de la Place Saint-Sulpice. Alza al cielo la cara con un placer que parece decir: «¡Qué maravilla este primer sol de marzo, qué a gusto lo tomo con mi café!».

¡Y ese desenfadado viandante que se pasa un poco de la raya, con las manos en los bolsillos, *Le Monde* bajo el brazo y su silbidito de placer! O el joven que hace *footing* con camiseta de redecilla y pantalón corto fosforescente, ese modo que tiene de cruzar la calzada rozando los coches, con maestría de torero indolente, tan indiferente que se siente uno obligado a admirarlo... Pero el mensajero motorizado que lo evita diestramente, que derrapa con perfecto control técnico y se detiene justo delante del semáforo en rojo, con expresión ceñuda, a escasos centímetros del cochecito de niño, reclama también su parte.

Una parte, hartamente modesta en verdad, que el señor Spitzweg acaba concediendo a todos y cada uno, aunque en ocasiones, los días malos, la concede con un pequeño encogimiento de hombros. Ni suenan aplausos ni nadie se detiene a mirarlos. Simplemente, el pago que todos esos artistas reclaman fingiendo despreciarlo: apenas una mirada, durante un segundo, un parpadeo, como una aquiescencia. El río sigue su curso, y el rumor parece llevarse a todos los peces en la misma corriente. Pero nadan dos especies una al lado de la otra, y nadie puede elegir su raza. Están los que miran y los que son mirados, y los segundos necesitan a los primeros. El señor Spitzweg, con su abrigo de invierno, su impermeable de entretiempo, es de los que miran, por supuesto. Con frecuencia se felicita de ello, y a veces se resigna.

Al señor Spitzweg no le gusta ir al médico. Lo que más le aterra es la sala de espera. La habitación está siempre abarrotada y reina un calor excesivo. En cuanto entra, todas las miradas convergen en él. No es que turbe un ambiente de convivencia ya establecido. Se convierte en una distracción deseada dentro de una atmósfera un tanto blanda, un tanto densa, una ruptura esperada en medio de un hastío que se prolonga demasiado.

Y no es nada fácil dar con el tono adecuado para espetar el «¡Hola, buenas tardes!». Si sale demasiado sonoro, puede resultar enfático, y producir un molesto contraste con el silencio que le sucederá. Si balbucea demasiado, de modo casi inaudible, le tomarán por un tímido o por un zafio. En el último segundo, el señor Spitzweg decide que el «¡Hola, buenas tardes!» queda demasiado solemne y se limita a saludar con un «buenas» blandamente pronunciado, más bien fallido. Pero al punto advierte con alivio que la respuesta es cuando menos igual de delicada. Si los ocupantes de la sala de espera le recibieran con entusiasmo, resultaría insultante para la tibieza de sus propias relaciones, y, por otra parte, un coro ejecutado por una decena de voces al unísono quedaría ridículo. Así pues, un señor se pone a estrujar su boina y deja escapar un vago murmullo de recibimiento. Una señora joven y guapa no dice nada; otra señora mayor subraya su distinción con el único «buenas tardes» abiertamente formulado, y en la acentuada claridad, en la cadenciosa melodía de su saludo se evidencia, tras la máscara inmóvil, una lección moral dirigida a todos los presentes. A dos o tres que no se han atrevido a devolver el saludo al instante les asaltan remordimientos, y lo compensan con un movimiento de cejas remachado con una oscilación aprobatoria de la cabeza que significan: «¡Pues sí, cómo está esto de lleno!».

El señor Spitzweg se dirige con mesurada osadía hacia la mesita baja donde se amontonan los números de *Marie-Claire*. Al coger el primer ejemplar del montón, le parece obrar con elegante reserva. Pero no ha habido suerte. La cubierta propone en negritas esta indiscreta pregunta: «¿Le asusta la sexualidad?». El señor Spitzweg no se ha planteado jamás semejante pregunta, pero las mejillas se le tiñen de un leve rubor. Su sexualidad no es lo bastante triunfante como para infundirle un absoluto aplomo. La señora del sonoro buenas tardes mira hacia el techo con fijeza un tanto horripilada, cosa que al señor Spitzweg no se le pasa por alto. Así que hojea el reportaje en unos segundos, deposita la revista en su sitio y esgrime un mohín. Ya está. Vuelve a tomar asiento. Ya se ha situado y domina su territorio. Sólo unas esporádicas toses subrayarán en lo sucesivo un exceso de silencio.

El señor Spitzweg no coge nunca el metro para ir a trabajar. Prefiere el autobús, o, si no, ir andando. Hay una buena caminata desde la Rue Marcadet hasta el distrito VI, pero le gusta andar, sobre todo a comienzos de primavera, o incluso esos luminosos días de invierno.

No, para él el metro no es un medio de locomoción. El señor Spitzweg coge el metro para empaparse de humanidad. Casi se ha convertido en una costumbre. Hay una hora muy especial en que el metro se torna humano. Un día, el señor Spitzweg se encontró por casualidad, entre Saint-Lazare y La Fourche, en ese frágil momento en que todo oscila, en que los asépticos vagones no acarrean a una arisca y apresurada multitud. Serían poco después de las ocho de la tarde. De pronto le encontró gusto a aquel extraño ambiente. Para convencerse de que no había soñado, al día siguiente volvió a coger la misma línea a la misma hora. Por segunda vez, se produjo el milagro. De modo que probó suerte de nuevo, a la misma hora en Sévres-Babylone. Milagro confirmado. La línea no tenía nada que ver. Lo importante era el momento.

¿Cuál era la causa? El señor Spitzweg no es muy amigo de analizar, de entender. Prefiere mirar. Después de las ocho, viaja aún mucha gente en el metro. Pero los que salen de trabajar lo hacen tan tarde que ya ni les urge volver a casa. Hay en su manera de sentarse una especie de cansancio acogedor, de desencantada afabilidad. Entonces se acercan los marginados. Los borrachos y los que van por ahí rasgueando guitarras dejan de sentirse diferentes. Se entablan conversaciones entre el hombre-orquesta que ya no tiene fuerzas para tocar, el empleado de oficina que ya no tiene fuerzas para correr y el bebedor que ya no tiene nada que beber. Circulan menos trenes. La gente habla en los andenes. En una ocasión, el señor Spitzweg oyó:

—¡No, hombre, no, qué va a estar usted acabado! A su edad...

Desde las ocho y diez hasta las nueve menos cuarto, es ya el metro nocturno. Entre el estrés del día, la soledad de más tarde, entre las carreras de los marchosos y los lúgubres gritos de los errantes nocturnos, el anonimato pasa a ser vivo y cálido. La gente se atreve a veces a contar cosas que nunca ha contado a nadie. Hablan de todo, sobre todo de nada, de la vida y todo eso... Incluso cuando no hablan, se advierte esa manera de sentarse al lado, de quedarse de pie asidos a la barra. Separados pero juntos. El señor Spitzweg coge el metro nocturno para no ir a ninguna parte.

Al señor Spitzweg le gustan las primeras páginas de los Maigret:

«Llovió todo el domingo, una lluvia fría y fina; los tejados y el pavimento habían cobrado un tinte negro y reluciente, y una niebla amarillenta parecía colarse por las rendijas de las ventanas, hasta tal punto que la señora Maigret comentó: “Tendré que cambiar los burletes”». (*Maigret y el hombre del banco*).

Otro fragmento:

«Nunca se había visto un mes de marzo tan lluvioso, tan frío ni tan tétrico. A las once de la mañana, reinaba aún en los despachos un clima de ajusticiamiento; la gente encendía las lámparas a las doce del mediodía y el crepúsculo comenzaba a las tres». (*Un fracaso de Maigret*).

En las primeras páginas de los Maigret llueve con frecuencia, y se siente uno a gusto en casa, sentado en un sillón al amor de la lumbre, o incluso en el café. Al señor Spitzweg le encantaba empezar la lectura de un Maigret ante una caña de cerveza, sumido en el rumor del Penalty, en la Rue Damrémont. Está uno en pleno París, las más de las veces en el despacho que ocupa Maigret en el Quai des Orfèvres, con la vieja estufa que el comisario se ha negado a sustituir por un radiador.

Al señor Spitzweg le interesa mucho menos lo que viene luego. Pierde el hilo de la investigación. En cambio, saborea jubilosamente con el comisario todos los aguardientes de endrina que jalonan el relato. Bien mirado, si se para uno a echar cuentas, Maigret es un alcohólico. Pero de capítulo en capítulo, de pensión en pensión, de taberna en taberna, todas las ocasiones de empinar el codo constituyen pequeños placeres aislados que levantan el ánimo. En la vida diaria, el señor Spitzweg no soporta los aguardientes. Pero en las páginas de Simenon, éstos se toman digestivos, ligeros... Es únicamente el aguardiente de endrina de los instantes especiales.

Además, al señor Spitzweg le encanta ese tipo hosco y taciturno. Es como tener un hermano gemelo que estuviera casado. Porque, aunque de manera solapada, la señora Maigret está siempre presente, cual virtual cuñada. Coloca burletes en las rendijas y pone a hacer chuf chuf la «ropa vieja» o el lomo de liebre. Algunas noches, al señor Spitzweg le da la impresión de que el matrimonio Maigret va a invitarle a cenar. Entonces, si los efluvios de la escalera le traen a la memoria los domingos de la infancia, al señor Spitzweg le invade una leve morriña. Pero se recobra de inmediato y a los pocos instantes vuelve a disfrutar del goce de ser soltero. Le basta leer el comienzo de *El loco de Bergerac*:

«La señora Maigret se había ido a pasar quince días a Alsacia con su hermana,

que iba a dar a luz. El martes por la mañana, el comisario recibió una carta de un colega de la Policía Judicial que se había jubilado dos años atrás y se había ido a vivir a la Dordoña».

Spitzweg se siente como un Maigret cuya mujer se hubiera ido para siempre por unos días. Si le diera por ahí, incluso podría, sin tener que rendir cuentas a nadie, darse un garbeo... Sí, por cualquier sitio, incluso por la Dordoña.

Cuando le preguntan qué opina de las columnas de Burén, el señor Spitzweg contesta que la pirámide del Louvre le parece un acierto. Ha aprendido a desconfiar de los prejuicios. Hace unos años, al mencionar alguien la palabra Burén, se creyó obligado a hacer una mueca y a contestar, a modo de reproche interrogativo, con una frase ambigua:

—¿Lo del jardín de Colette?

Todavía recuerda la avalancha de críticas que suscitó. ¡Con gente como él, seguirían anclados en las murallas de Felipe Augusto! Y Haussmann, ¿qué? ¿De veras le parecía bonito todo lo que había hecho Haussmann? ¿Podía hacerse una ligera idea de la polémica que suscitó en su época?

Ante semejante tormenta, el señor Spitzweg saca el paraguas y no abre la boca. Pero por dentro, el ciclón se mantiene vivo. De esa tempestad latente en el cerebro no nace una auténtica cordura, el señor Spitzweg no será nunca seguidor del zen, y seguirá montando en cólera de vez en cuando en el comedor. Pero ha asimilado laboriosamente ciertas actitudes ladinas. Sí a la biblioteca François Mitterrand, más bien a favor del Beaubourg y, para variar un poco, un moderado no al Arco de la Défense, no sin admitir que el barrio ofrece un imponente aspecto, por más que no apetezca mucho vivir en él. Ese consenso resulta bastante cómodo. Por lo demás, con el paso de los años, el señor Spitzweg ha acabado autoconvenciéndose. En ocasiones resulta reconfortante declararse contemporáneo. París no es un museo de historia natural, ¡qué caramba! El señor Spitzweg sale del formol y esgrime una sonrisa falsa.

Al salir del comedor de Correos, cuando hace buen tiempo, el señor Spitzweg se va a tomar una copa a la terraza del bar que hace esquina con la Rue des Saints-Pères y el Boulevard Saint-Germain. A veces lo acompaña Dumontier.

—¿Qué va a ser?

El señor Spitzweg esboza una mueca equívoca, al tiempo que se encoge de hombros. Ha tomado ya muchas copas allí. Además, lo hace un poco por deferencia hacia el acompañante. Lo importante es estar ahí con un viejo colega, es el momento en el que salen a tomar algo los dos. Pero la mueca del señor Spitzweg se prolonga y cambia de naturaleza. De lo evasivo, se decanta hacia la duda. Al fin y al cabo, bien tendrá que elegir, aunque sea con desapego. Si en el fondo le trae sin cuidado, ¿por qué se lo sigue pensando un montón de segundos? Esos segundos tienen su trascendencia. Por ellos desfilan todas las posibilidades. Le ocurre como cuando era pequeño y dudaba ante los caramelos de la panadera de Kinzheim. ¿Una caña de cerveza? ¡Ah, una Kilkenny, arbol y lluvias de Irlanda, de pronto concentradas en el fondo de un pub, lejos de París! O, si no, una Lef- fe, el amargor dorado de los arcanos de los trapenses, una suavidad confidencial, entre sayales y las dovelas de una bodega... Sí, la cerveza resulta tentadora, con todos sus viajes hacia el norte. Pero de pronto se inclina por lo inverso. ¿Una granadina con menta? Sí, es el polo opuesto, pero por eso precisamente. ¿Una dulce bebida de la infancia, un color rojo atravesado por lánguidas volutas, islas tropicales en pleno noviembre? No, era sólo la idea, el contraste. A la mueca del señor Spitzweg se le suma ahora un gesto de negación:

—No, un café.

El tono lo indica claramente: sólo un café, un rechazo con enjundia. Pero suena bastante hipócrita. Ese café —tres terrones de azúcar envueltos en papel, minúscula tacita verde oscuro de porcelana gruesa— oculta bajo su trivialidad las distintas categorías de sed que ha ido descartando una tras otra. El señor Spitzweg aprueba distraídamente las reivindicaciones sindicales de Dumontier. Pero no escucha. Mira. Cuatro gotas de café puro que juegan a aparentar indiferencia.

—Huy, pues yo..., cuando estoy solo..., me tomo una loncha de jamón en el mismo papel de la charcutería y ya está, fuera fregoteos. ¡Visto y no visto!

Cuando oye contar eso a un colega, el señor Spitzweg asiente. Ahora bien, él nunca ha hecho tal cosa. Él pone la mesa. Es un rito, una exigencia; tal vez una manera de respetarse. Incluso se niega a colocar su mesa redonda frente al televisor o a extender el periódico junto al plato. Se limita a correr un poco la mesa hacia la ventana del comedor. Cuando hace buen tiempo, abre la puerta vidriera que da al Square Carpeaux. Asciende un rumor: aceleración de coches en la cuesta de una sola dirección, gritos de niños. En primavera, los castaños ocultan las carreras de los niños, las rayuelas, las pistas de patines. Pero se adivinan.

El señor Spitzweg no coloca la cacerola en la mesa al empezar a comer. Se toma primero su primer plato y luego va a la cocina a buscar el segundo. Con la fruta, lo mismo. Después del café, se fuma un purito y se queda ensimismado, con la mirada perdida por encima de los árboles y las piernas estiradas hacia la ventana. Bien puede concederse unos minutos antes de fregar.

—¡Un solo vídeo! Lo grabo, lo veo y la vez siguiente utilizo el mismo. ¡Al fin y al cabo, sólo se miran una vez!

Dumontier parece muy convencido. El señor Spitzweg rezonga, asiente, no acaba de saberse. Su pequeño gruñido gutural suena a aprobación hostil. En realidad, es incapaz de adoptar una ética en el ámbito de la grabación. Puede que tenga razón Dumontier. Pero el instinto del señor Spitzweg le lleva por muy distintos derroteros.

En el 226 de la Rue Marcadet proliferan los vídeos. Atestán los armarios, abarrotan los veladores, el mueble del teléfono, componen en el suelo oscuros y precarios rascacielos de vertiginosa altura. La cosa vino sola, de película a documental, sin cálculo alguno. De inmediato el señor Spitzweg se sintió a gusto con su aparato de vídeo. Las letritas azules que desfilan en el menú, los tranquilos hipidos de los resortes cuando introduces la cinta. El mando a distancia, sobre todo. Oh, sí, ese pequeño gesto con el brazo dominador que se extiende hacia el aparato, de la mano que se inclina con autoridad condescendiente; obedéceme, cacharrito, muéstrame lo que sabes hacer. Pocas veces se le ha brindado al señor Spitzweg la ocasión de experimentar tanta docilidad. No tiene perro, jardín ni coche: lo que le obedece es su aparato de vídeo.

Además, lo importante es grabar. Estar al tanto. Conservar. Al principio, el señor Spitzweg se buscó justificaciones. Todos los programas buenos los dan ya tarde. A veces las películas interesantes las ponen pasada la medianoche. Grabar es el modo inteligente de tener televisión. Con el tiempo, tales pretextos perdieron sentido. El señor Spitzweg graba, sí. Pero no mira a menudo. Entonces, ¿para qué conserva las cintas? ¿Para más tarde? Para muy tarde. O para casi siempre. Para construirse una memoria. El señor Spitzweg no quiere borrar. Aunque no lo reconozca, vería en ello un peligro. Al igual que se evitan los gatos negros, o pasar debajo de una escalera, así el señor Spitzweg se niega a borrar el tiempo capturado, clasificado, domesticado. Constituye una parte de su vida abstracta, no consumada, pero virtual. Rodeado de sus cintas grabadas, el señor Spitzweg teme menos a la muerte.

¡Ah, la puerta giratoria del restaurante Chartier! Cada vez que el señor Spitzweg la traspasa, experimenta el mismo placer. No es una de esas puertas giratorias convencionales, etéreas, de las grandes superficies, que vuelan sobre el suelo y separan a la gente en la asepsia de un torbellino imperturbable. No, la puerta giratoria del Chartier es como un rito iniciático. Opone resistencia. Hay que empujarla, introducirse entre dos vacilantes sacudidas y, con las manos en la barra de latón, sentirse un elegido aún medroso. Mal que bien, acaba uno desasiéndose, al cabo de la media vuelta liberadora.

Entonces se accede al rumor de las conversaciones cruzadas bajo los altísimos techos, al trajín de los camareros con chaleco negro, a los inmensos espejos, a los percheros de metal dorado. El señor Spitzweg conoce el código. Hay que sentarse ante otro solitario, saludarle como corresponde, ni demasiado distante ni demasiado amable. Pese a la exigüidad de la mesa, la convivencia se limitará a intercambios de pan y mostaza. Si algún día llega a entablarse una conversación, no habrá ni que ofenderse ni prolongarla en exceso. Pero las más de las veces reinará ese silencio de buena ley entre vecinos de mesa que revela al parisiense de pro.

¿El menú? Una gran hoja blanca con la fecha del día, por más que el contenido sea de lo más repetitivo. El señor Spitzweg siempre toma arenques con patatas aderezadas con aceite, y después saladillo con lentejas. Al principio los camareros le atienden un tanto secos y poco a poco van poniéndose amables, sobre todo porque él los trata con desapego: esa comedia de desplegar mundología con maneras hurañas forma parte del ambiente. En los brazos extendidos, los camareros acarrear hasta ocho platos llenos, separados los unos de los otros, y los pasean por entre las mesas con heroica indiferencia.

Al señor Spitzweg le gusta el saladillo. Sobre todo le gustan las palabras «saladillo con lentejas». Con ellas llega el aura placentera de una cocina francesa y familiar cuyo calor desprende un vaho que empaña los espejos. París está en el corazón del mundo. Y en el corazón de París, Chartier. En la frontera entre el placer y la soledad, esa intimidad, mayormente deleitosa porque reina en medio de una expeditiva algarabía. Postre no, un café. Y acto seguido el entrañable juego del iniciado: el señor Spitzweg garabatea él mismo la cuenta en el mantel de papel, y se marcha sin cruzar siquiera una mirada con el camarero. Pero le consta que este último se acercará sin premura no bien él le vuelva la espalda, y que hará ese pequeño gesto, con la mano doblada en el bolsillo del chaleco negro, para deslizar en él las monedas. Cada cual interpreta su papel sin pronunciar una palabra. Todo estriba en la contención, el pudor, la virilidad: un final impecable.

La imagen del saladillo con lentejas flota aún en la mente del señor Spitzweg cuando se interna en el Passage Jouffroy. Un sopor conciliador le mueve a disfrutar del espectáculo que brindan los escaparates. Es algo más que un paseo digestivo: es un callejeo voluptuoso y resguardado que le llevará, a través de una galería, hasta el Palais Royal.

En el Passage Jouffroy está esa sorprendente tienda de bastones: unos, barrocos, con el puño esculpido, lo mismo con las abiertas fauces de un oso que con la cabeza de un Wagner desgredado; otros, clásicos, perfectos, de ébano liso o de bambú con nervaduras. De pronto, al señor Spitzweg le entran ganas de ser cojo. La tienda que vende fotos, carteles de cine, las minúsculas figuritas de pan de especias, la anticuada veranda del hotel Chopin. Sobre todo ello flota la deliciosa idea del pasaje. Resulta grato ser un paseante en algún lugar de París. Pero aún mejor es pasear por un pasaje. Lo que se saborea no puede contarse: no somos ni un grano de arena, no hay playa.

En el Passage des Panoramas, el señor Spitzweg decide que un día tiene que ir a ese restaurante con cantantes... Por el momento, lo deja para más adelante. La Galerie Colbert es más solemne, con las vidrieras de la Biblioteca Nacional. Pero muy pronto le sucede el Passage des Deux-Pavillons, alambicado, minúsculo..., un puro goce. Allí se cruza uno con una calleja en pendiente. Unos pocos escalones y se topa con el restaurante Véfour. Véfour..., al señor Spitzweg le asaltan recuerdos. Antaño, en el teatro del instituto, en Sélestat, actuó en una obra de Labiche. Todo el mundo se preguntaba cómo un muchacho tan tímido, tan comedido, subía al escenario. Pero a él le gustaba. Recuerda perfectamente la frase que le tocaba decir, en un aparte:

—¡Menudo jolgorio armamos ayer en el Véfour!

Y la gente se reía, por Labiche, o quizá también por el aspecto de Spitzweg. En el Véfour, el menú del día vale trescientos setenta francos. El señor Spitzweg no entrará nunca allí. Pero se pone de puntillas y mira por encima de las cortinas de terciopelo rojo. El lujo de los sofás y los camareros hieráticos en el vestíbulo, entre las plantas ornamentales. Arnold mueve la cabeza con gesto de aprobación: todo eso no está a su alcance, pero le gusta que exista. Por otra parte, ¿quién sabe si los clientes disfrutaban tanto como él? Quién sabe si la gran Colette, medio paralizada por la artrosis, disfrutaba como Arnold con el Palais-Royal, que se abre ahora ante él.

Allá, en un extremo, se yerguen las columnas de Burén, pero el señor Spitzweg no les presta la menor atención. Prefiere detenerse ante el sabroso escaparate donde los rutilantes infantes del ejército napoleónico despliegan sus fastos. En el taller, el artesano ha cogido un húsar entre el pulgar y el índice, y pinta con minuciosos toques los alamares dorados en el dolmán verde. Más allá hay una tienda de pipas. Como fumador de Ninas, el señor Spitzweg admira sin desearlas esas hileras de pipas de espuma de mar y de madera cálida. Más sorprendente aún es la tienda de medallas, al lado. Los precios aparecen expuestos en cintas multicolores, como si bastase pagar para arrogarse el derecho de lucir en el pecho los suntuosos dijes del mérito agrícola

o de las palmas académicas. Arnold Spitzweg se sonríe. ¿Con qué podrían condecorarle a él? Con nada, sin duda. Él se limita a pasear desde el Passage Jouffroy hasta el Palais-Royal. París le pertenece, y los demás no lo saben. La próxima vez, en vez de pedir el saladillo probará la ternera en salsa blanca.

Clémence Dufour. El nombre aparece impreso en letras blancas sobre fondo azul. El letrerito se pone de cara al público. En la oficina de Correos de la Rue des Saints-Pères, cada cual tiene el suyo. Cuando propusieron esa «personalización», el señor Spitzweg se encogió de hombros. Por una vez, compartió la opinión de Dumontier: —¡Es una manera de esclavizarnos aún más, tío! Así pueden quejarse de ti llamándote por tu nombre, para que te sientas más aludido. Por supuesto, ellos dicen que lo ponen para que dejemos de ser sólo números. ¡Como si le enseñaran tu nombre a la gente para que entone tus alabanzas! En realidad, pasas a ser menos que un número.

Por su parte, a Arnold le repugna colocar el letrerito con su nombre al borde del mostrador, cuando se sienta ante la ventanilla. Arnold Spitzweg. Algunas personas abren ojos como platos y adoptan una expresión dubitativa. El señor Spitzweg espía su reacción a hurtadillas. Y, de pronto, empieza a contar los billetes con más parsimonia, a tomarse tiempo antes de sacar la cartilla de ahorro de la máquina automática. Esa premiosidad es un lenguaje que podría traducirse más o menos por lo siguiente: «¡Ah!, conque es el primer Arnold Spitzweg que ves, ¿eh? Pues ahora Arnold Spitzweg va a jugar un poquito con tus nervios».

Se impone ese tuteo interior, para luego imprimir la insolencia requerida a la sonrisa melosa, a la cortesía aparatosa:

—Aquí tiene, caballero. ¡Mil quinientos francos!

Si el cliente es especialmente antipático, incluso se le puede desear que pase un buen día, pero eso significa llegar ya al borde de la ruptura.

Así pues, al señor Spitzweg no le hace mucha gracia exhibir su patronímico. Sin embargo... Siempre siente como un cosquilleo al ver el letrerito de la señorita Clémence Dufour. «Dufour» no es un apellido muy afortunado, desde luego. Digamos que ése es el lado ingrato del personaje. La cuarentena un pelín amarga, un cuerpo delgado que tira más a seco que a esbelto, una tez mayormente pálida porque acaba de teñirse con un tinte muy oscuro. Pero luego está el lado Clémence, el jardín secreto. Unos ojos grises, cambiantes, en la mirada una dulzura cansada, casi melancólica. Una profunda afición al arte y a las cosas hermosas de la vida en general: únicamente con Clemence Dufour ha comentado Arnold sus aficiones pictóricas. Cierta elegancia, un tanto encastillada tal vez en ínfimos detalles, la manera de anudarse el pañuelo a un lado, de cambiar de reloj en función del color del jersey... Pero ello revela también una auténtica delicadeza. Una colega agradable, casi siempre amena. Está en la ventanilla cuatro, y el señor Spitzweg en la tres. Cuando Arnold tiene problemas con el ordenador —sí, lo cierto es que le cuesta mucho hacerse a él—, Clémence acude siempre a echarle una mano, pero con absoluta discreción, sin mostrar el menor asomo de condescendencia. De todo eso el señor Spitzweg era ya vagamente consciente, pero formaba parte de un todo, de la sensación de estar un poco en familia en la oficina de la Rue des Saints-Pères. Hasta que un buen día sacaron los pequeños letreros. Y de pronto un ser singular surgió, se

encarnó en letras blancas sobre fondo azul en la ventanilla cuatro. Clémence Dufour.

Algo ha cambiado. Antes, Arnold solía comulgar con las ideas de Clémence Dufour; opinaba, al igual que ella, que Dumontier exageraba en su obtuso sindicalismo, que el nuevo jefe, Lachaume, era un falso buenazo, un redomado hipócrita. De repente, y casi de manera inadvertida, empezó a cuestionar las opiniones de su compañera de trabajo:

—¿Cómo puede usted decir que Gérard Depardieu es un gran actor? ¡Con esa vocecilla amanerada y ese corpachón de gorila!...

Clémence Dufour, petrificada, se quedó mirando a Arnold. Llegó un cliente pidiendo un taco de sellos y Clémence no tuvo tiempo de contestar. Pero al mediodía, en el comedor de Correos, Arnold siguió en sus trece.

—¡Me pregunto yo cómo se puede vivir en los suburbios!

Clémence vive en Bécon-les-Bruyères. El señor Spitzweg se guardó muy mucho de cruzarse con su mirada mientras proseguía su diatriba contra los suburbios, contra la idea misma de suburbio, la insalvable mediocridad que implica. Su voz dejaba traslucir un aplomo y una arrogancia desconocidas, al tiempo que una especie de temblor... Clémence, ofendida, no contestó. ¿Cómo transmitir en dos palabras el encanto del mercado de Bécon los domingos por la mañana, la importancia de la frontera mental que media entre Bécon y Courbevoie, la emocionante nostalgia de esas primaveras que conservan en el corazón de los geranios un olor de posguerra?

Dumontier se encargó de llevarle la contraria a Arnold:

—¡Ya se ve que no te gusta Léo Ferré, Spitzweg!

Y se puso a tararear:

Lo que me gusta de las chicas  
es más que eso.

... ¡Son los suburbios!

Arnold se encogió de hombros. Durante toda la tarde Clémence lo trató con frialdad, incluso se negó a prestarle los formularios de paquete-express, fingiendo volver la cabeza cada vez que él la miraba.

Al día siguiente, el señor Spitzweg insistió en sus indirectas, si bien eran de otra índole. Más que agresión, eran irritantes pullas. Arnold lo mismo se mofaba del mohín que ella esbozaba al rechazar la ensalada del comedor que del supuesto precio de su nuevo sombrero... Poco a poco Clémence fue relajándose, y acabó detectando lo que el falso despego y la torpeza no acertaban a disimular: un manifiesto interés por Clémence Dufour.

A partir de entonces, conforme transcurrían los días, empezó a dejar caer comentarios agridulces:

—Oiga, Spitzweg, un auténtico parisiense nunca llevaría esos mocasines. ¡Son un pelín horteras!

Durante dos o tres meses, esos pequeños contenciosos salpimentaron un poco sus vidas. Tras ello subyacía el almíbar, tal vez así más placentero, sensible a esa sonrisa

familiar que desmentía la supuesta acritud de las palabras.

Hasta que un día se produjo el encontronazo... Cuando aquella mañana Clémence abrió la puerta de las oficinas, el señor Spitzweg no pudo por menos de exclamar:

—¡No me diga que va a estar todo el día con esos pelos!

Para Clémence, aquello fue la gota que colmó el vaso. Arnold se esperaba una respuesta bondadosa, inocua. Pero Clémence Dufour se llevó de repente las manos a la boca y salió corriendo a llorar al lavabo. Arnold se sintió más patoso que nunca. ¿Cómo se le había ocurrido a Clémence teñirse casi de rojo? Luego se tragó el amor propio y fue a buscarla a los servicios, haciendo caso omiso de los comentarios chocarreros que suscitó a su paso. Clémence Dufour lloró largo rato ante el espejo, sacudiendo la cabeza con un gesto de denegación. El señor Spitzweg le alargó unos pañuelos de papel y no paró de hablar, muy despacito. Nacía en él un extraño sentimiento, con aquel tono protector y fraternal que ignoraba que tuviera. Se sorprendía al oír su propio ronroneo. Desde luego, no sabía consolar. Pero sí era capaz de lastimar.

Entonces comenzaron las relaciones entre Clémence Dufour y Arnold Spitzweg. Saint-Lazare, Pont-Cardinet, Clichy, Asnières, Courbevoie, Bécon. El señor Spitzweg aprendió a canturrear en esa línea melódica y ferroviaria. Pisó la linde, se dejó llevar un poco y se deslizó hacia los suburbios.

El edificio donde vivía Clémence era decente; muy sencillo y antiguo, moleña y piedra ocre, junto a la vía férrea. Acodado en el balcón del tercero, podía uno ver huir camadas de raíles hasta el infinito, caminos que habitualmente corrían hacia otros lugares como quien no quiere la cosa, en lentísimos y bamboleantes vagones.

Un sábado por la noche, Arnold y Clémence fueron a ver *Lo que queda del día* en el Novelty, junto al ayuntamiento. Una hermosa historia de amor no formulado de la que salieron con un nudo en la garganta. A la salida, los esperaba una pequeña nevada, un silencio más torpe. El señor Spitzweg no regresó a París.

Al día siguiente fueron al mercado. Arnold compró mimosas cuyo olor le llevaba muy lejos, hasta la infancia. Se miró en los escaparates y se indignó, encantado, de su cara mal afeitada. Clémence hizo un asado de cerdo al horno, en el espetón. Por la tarde un rayo de sol cruzó el comedor. Arnold, arremangado, desafió el aire frío y se puso a mirar los raíles a lo lejos. Siempre hay una semana un poco más suave, en febrero. El señor Spitzweg se llevó para la cena un poco de asado frío en una fiambra. Clémence le hizo un saludo jovial pero bastante breve desde la ventana. Arnold caminó y caminó, ligero, y no cogió el tren hasta la estación de Clichy. Un día bonito.

El siguiente domingo, Clémence acudió a la Rue Marcadet. El señor Spitzweg la invitó al Francis, un restaurante bereber en la esquina que forman la Rue Lamarck y una escalera que sube hacia la colina. Se lo pensó mucho. ¿Le preparaba una comidita de su cosecha? Al fin y al cabo, su ternera a la Marengo le quedaba más que aceptable. Pero más que preparar la comida, lo que le disuadió fue el paralelismo dominical. Tampoco iban a pasarse el tiempo intercambiando ritos al vapor y estofados. Además, Arnold estaba muy orgulloso de su barrio. No le disgustaba exhibirse como ciudadano de la Butte, casi hijo de la Comuna y de Bruant. Clémence no quiso pedir el cuscús real, pero, en el umbral de la tarde, los *merguez* y el Bulauan rosado le estamparon dos bonitas manchas sonrosadas en las mejillas.

No conocía la Rue Saint-Vincent, ni el banquito junto al Lapin Agile, ni las cuatro fanegas de viña, ni la Place du Tertre. Casi hacía buen tiempo. Los pintores habían instalado sus caballetes. El señor Spitzweg quería que Clémence posase para un retrato al pastel. Clémence se negó, pero se dejó hacer un perfil recortado con tijeras. Pasearon por la plaza, deteniéndose aquí y allá, con las manos a la espalda, a mirar cómo pintaban los artistas, a escuchar el grito quejumbroso del vendedor de limonada o a observar las gesticulaciones del mimo. No necesitaban hablar mucho.

Clémence cogió el metro en Lamarck-Caulaincourt, y Arnold le aconsejó prescindir del ascensor. Bajó con ella las vertiginosas escaleras de la extraña estación-cueva. Ya al irse, Clémence le metió en la mano el perfil negro recortado sobre fondo

blanco. En el andén, Arnold permaneció largo rato contemplando la imagen, alejándola y acercándosela a los ojos. Aquella naricilla respingona, aquel mechón en la frente... Sí, era más o menos Clemence. Y sin embargo no la reconocía en absoluto. Era como un enigma. Sólo la veía en la superficie de sombra recortada. Ni por un instante se le ocurrió poner en tela de juicio la habilidad del artista. No, quien pecaba de ignorancia era él. Se irritó un poco, se encogió de hombros y sintió que le invadía una extraña tristeza. Acabó metiéndose el perfil en el bolsillo del impermeable. Subió lentamente las escaleras de la estación Lamarck. Arriba, bajo las farolas, la noche cobraba tintes azulados. El señor Spitzweg hubiera debido ser feliz.

¡Oh, sí! ¡Hubo días hermosos! Un domingo al mediodía, en la feria de chatarra y de jamones de Chatou, se alejaron de la multitud y pasearon a orillas del Sena mientras picaban patatas fritas de una bolsa. Un sábado de febrero en el Père-Lachaise. Clémence nunca se hubiera imaginado que tuviera más visitantes la tumba de Jim Morrison que la de Chopin. Y aquella complicidad que se creó entre ellos en la oficina de Correos de la Rue des Saints-Pères. Clémence y Arnold no les habían contado nada a sus compañeros de trabajo. Nunca llegaban juntos, fingían saludarse con deliciosa reserva, y aquella primera sonrisa solapada... Su mundo estribaba en eso, en la maravillosa hipocresía de que hacían gala en el comedor, en el silencio del café de la esquina, en el Boulevard Saint-Germain.

—¿Cree usted que notarán algo?

Seguían tratándose de usted, aunque eso no significaba nada. El «usted» se enriquecía cada día con secretos compartidos, con distancia preservada. El «allá» tenía también su peso. El señor Spitzweg y Clémence Dufour no tenían a mucha gente de quien ocultarse. Lachaume, Dumontier y la señora Corval no llegaron a imaginarse el papel que desempeñaban en aquel juego del escondite un tanto ingenuo. En realidad, a nadie se le ocurría pegarse a ellos para pillarles in fraganti.

El mes de abril, el señor Spitzweg pasó toda una semana en Bécon-les-Bruyères. Hicieron el amor, lo que tanto temían. El señor Spitzweg continuaba siendo bastante adolescente al respecto. Conservaba costumbres que, pese al liberalismo de la época, le parecían un tanto vergonzosas, o deseaba que le parecieran vergonzosas. Pero ambos dieron muestras de buena voluntad y de paciencia, como si se enfrentaran a un problema delicado. Se acariciaron con deliciosa confianza, sin orgullo, y se alegraron muchísimo de no quedar del todo decepcionados. Después tomaron champán, como si hubieran aprobado un examen.

Aun así, no tardaron en buscarse las cosquillas. Por las mañanas, Clémence decía:

—¡Bueno! ¡Voy a hacer el fregoteo del desayuno!

«El fregoteo del desayuno.» La expresión horripiló al señor Spitzweg. Hablar de «fregoteo del desayuno» significaba que muy pronto el mundo no sería más que un eterno fregoteo.

Tampoco era para tanto, por supuesto. Pero en la vida de Clémence Dufour había bastantes fregoteos, babuchas de felpa a la entrada del salón para que no se ensuciara, «pasadas» que darle a la mesa antes de poner los cubiertos. Por su parte, ella le reprochaba al señor Spitzweg las cenizas de Ninas que quedaban esparcidas por doquier, las manchas de pasta de dientes en las mejillas o los periódicos que dejaba tirados y desteñían el hule.

Cosillas insignificantes que uno no dice, por supuesto, en la embriaguez de los primeros tiempos. Pero esas cosillas insignificantes llevaban acumulándose veinte años, sin suscitar protestas de nadie, en la temible impunidad de la soledad. Muy pronto renunciaron a la idea de pasar tanto tiempo juntos. Era mucho mejor verse en momentos privilegiados.

—Al contrario de lo que pueda pensarse, lo cotidiano es lo más difícil de compartir.

El señor Spitzweg dejaba caer tranquilamente tal afirmación mientras hundía la cucharilla en el tarro de confitura, y Clémence Dufour se preguntaba de dónde le venía tan ta lucidez.

En lo que atañía al orden y al modo de guardar las cosas, Arnold y Clémence tenían temperamentos radicalmente opuestos. El señor Spitzweg guardaba todo lo externo, metía al azar en los armarios todo lo que sobresalía: correo, facturas, botellas empezadas. A Clémence Dufour, en cambio, le gustaba clasificar a conciencia, saber que lo invisible estaba domesticado en carpetas, en cajas, e n armarios. Además, a veces tiraba cosas, en tanto que Arnold quería conservarlo todo. Los vídeos amontonados en el comedor de la Rue Marcadet se convirtieron en objeto de discordia. Sería quedarse corto decir que a Clémence la exasperaban. Sería quedarse corto decir que Arnold no quería desprenderse de ellos.

—¡Horas y horas de *Benny Hill*! No irá usted a decirme...

Ante la mirada que le lanzó su compañera, Arnold hubo de admitir la mediocridad de algunas grabaciones. Pero le consternó tener que confesarlo; con ellas se veía obligado a admitir la mediocridad de una parte de su pasado. Clémence le hacía vivir alegrías que hasta entonces no había experimentado; pero cada rayo de luz arrojaba una sombra sobre una costumbre o un objeto queridos. ¿Tan ridícula era su copita de oporto ribeteada con una franja dorada? Y así, sólo conservaron instantes privilegiados, cada vez más instantáneos, cada vez menos privilegiados. Renunciaron a tocarse. Una noche de junio, junto a las frescas fuentes del Trocadero, hablaron largo rato de la amistad después del amor y llegaron a la conclusión de que era difícil. Al regresar a su casa, el señor Spitzweg colocó en la pletina el concierto para piano número 21 de Mozart, el movimiento lento. Arrastró el sillón hasta la puerta abierta del balcón. Unos niños jugaban aún en la plazoleta. Se sentía muy bien, muy triste. Más tarde, se sirvió dos lágrimas de oporto en la copa dorada.

La historia con Clémence sigue ahí, como una astilla que va hundiéndose. Pero no es más que una historia; ha pasado, principio y fin. El señor Spitzweg está hecho para el presente. Sigue un poco turbado: felicidad, esperanza, futuro, memoria, las palabras grandilocuentes, todas las palabras que lastiman y que creía enterradas para siempre, le dejan una huella, un eco. Es como si Clémence Dufour hubiera arrojado una piedra al agua: las ondas se amplifican para luego espaciarse. El canal recobrará su quietud, ha de ser así.

El señor Spitzweg coge de nuevo su cesta. Va a comprar al mercado de la Avenue de Saint-Ouen, y es domingo. Le ronda por la cabeza una frase de Goscinnny que le vuelve a la memoria de la época en que leía los episodios del Pequeño Nicolás en el *Pilote*: «Un mercado es como un patio de escuela pero que huele bien».

A ambos lados de la avenida, todo es un bonito patio de escuela. Hace buen tiempo, el aire tiene ese frescor de agua que precede por las mañanas a los días más calurosos. En la Avenue de Saint-Ouen se juntan todas las calles aledañas: la Rue Marcadet, la Rue Championnet, la Rue Ordener, la Rue Vauvenargues y la Rue Lamarck. Tocados árabes, gorras puestas al revés y sombreritos de señora se codean con entera naturalidad. Arnold Spitzweg se siente allí como pez en el agua. Eso es una vida auténtica. Un barrio popular. El señor Spitzweg está orgulloso de su barrio. Sabe que, no muy lejos, por la Avenue des Termes y el Parc Monceau, el distrito XVII puede caer en una fría elegancia. Sabe que, muy cerca, el distrito XVIII puede hundirse en la promiscuidad babilónica de Château-Rouge. Pero el mercado de la Avenue de Saint-Ouen constituye un precioso punto de equilibrio. Arnold Spitzweg compra cerezas Napoleón. Le encanta esa casi acidez del amarillo brillante que se confunde con el rosa. El vendedor le ofrece probar una y Arnold acepta. Expresa su opinión con un ademán.

—¡Pasa un poquito del kilo! ¿Lo dejo?

—Déjelo.

Lo que más le gusta al señor Spitzweg es la bolsa en la que se las entregan, con su dibujo impreso en verde y rojo: unas manzanas, un plátano, unas fresas y el eslogan «Coma fruta». Es agradable recorrer los puestos mientras comes cerezas. Arnold compra una alcachofa; le gusta el ceremonial de la alcachofa, la larga cocción, el ir arrancando las hojas, y el ritual de levantar el plato apoyándolo en un tenedor para recoger la vinagreta, con ese fondo un poco peludo que queda. Unas lustrosas berenjenas (¡fritas en la sartén, cortadas a finas rodajas, con ajo y perejil!), tres peras Williams. Frutas y hortalizas que requieren tiempo, gestos lentos, pelarlas pacientemente, lavarse las manos. El señor Spitzweg no tiene prisa. Liquidaría la compra en un momento, pero, una vez llena la cesta, se entretiene por puro placer, revuelve entre las casetes de música de gaita, incluso se plantea comprarle alguna cartera al africano. Con frecuencia algún vendedor intenta camelárselo, Spitzweg debe de tener cara de dejarse engatusar:

—¿A que es una delicia la morcilla, caballero? ¡Mismamente la que comíamos de

niños! ¡Se nota que el caballero se acuerda! Arnold esgrime una sonrisa un poco boba. Le gustaría contestar, pero ¿el qué? La vida le ha dado un papel sin palabras. Arnold suspira ¿Satisfacción, tristeza? ¿Qué más da comer después de la una? Se han acabado las citas. El señor Spitzweg no tiene prisa.

Es el día de la música. Al señor Spitzweg jamás se le ocurriría celebrarlo acudiendo a las solemnes misas mayores de la Place de la Concorde, o al foro de Les Halles. Pero ese día tienen lugar muy cerca de él conciertos solitarios que le producen una emoción difícil de contener. ¿Por qué? Ese negro que aporrea el balafo, en la esquina del Square Carpeaux. Las pequeñas láminas de madera tiemblan sobre las calabazas con un sonido sordo, un canto quebrado, aceitoso y dulce. Delante de la estación de metro Guy-Môquet, un crío pierde el resuello soplando en su flautín, entre la indiferencia general. En medio de la cruel intensidad del tráfico, hay que aguzar el oído para adivinar la melodía de *Juegos prohibidos*, pero el guitarrista de mediana edad ha tenido las narices de instalar su taburetillo y su escabel en medio de la acera de la Rue Ordener. El señor Spitzweg ha visto ya a aquella anciana mendigar en la Place Clichy. Pero ese día, acucillada ante la puerta de la escuela de la Rue Lamarche, toca la armónica.

El señor Spitzweg es el único que se detiene ante esos concertistas. Cada uno de ellos interrumpe unos segundos su concentración para lanzarle una mirada inquieta. Y es que es un tipo de espectáculo que no parece solicitar espectadores. Entonces, ¿por qué tocan en la calle? A Arnold se le saltan las lágrimas. Ese sereno valor, esa real indiferencia, y sin embargo esas ganas... El señor Spitzweg no se atrevería. Además, el único instrumento del que posee ciertas nociones es el piano. Un mueble demasiado pesado y voluminoso. Ante el balafo, Arnold se arremanga la camisa y se siente de repente más libre.

Pero empiezan a oírse los primeros amplificadores en las calles, y en pocos instantes aplastan por completo a los músicos ligeros. El señor Spitzweg mueve la cabeza, con cara de consternación. Luego, cuando el día de la música se convierte en día del ruido, regresa a su casa.

—¿Donar mi cuerpo a la ciencia?

El señor Spitzweg se lo ha planteado durante mucho tiempo. La expresión «donar su cuerpo a la ciencia» tiene por supuesto algo grandilocuente que mueve a sonreír. Pero cuando camina por el Pont Caulaincourt, sobre el cementerio, Arnold no puede por menos de acariciar ciertos pensamientos. En el mejor de los casos las tumbas son de mármol frío, con geranios. Y en el peor..., ¿quién acudiría a regar los geranios en la tumba de Arnold Spitzweg? Y, por desgracia, no le tocará uno de esos cuadradlos de hierba como los que vio un día en una abadía benedictina. No, el post-Spitzweg no promete nada muy reconfortante. El señor Spitzweg finge que el asunto le trae sin cuidado. «La posteridad es un discurso a los gusanos». La frase de Céline le afianza en su cinismo. Por supuesto, en su caso, la cuestión de la posteridad no se plantea con preocupante premura... En el cementerio Caulaincourt, se desperezan algunos gatos sobre las tumbas. Pero al margen de esa compañía felina, el señor Spitzweg no ve nada allá abajo que pueda disipar una penosa sensación de olvido prometido.

Así que ¿por qué no a la ciencia? Esa manera clínica de esfumarse ofrece cierto lustre. Y no cabe duda de que tiene su utilidad. Mientras compraba salchichas, Arnold tuvo ocasión de confesarle a la señora Bornand, cuando ésta se lamentaba de la muerte de una vecina:

—Pues yo no pienso molestar a la gente. ¡Donaré mi cuerpo a la ciencia y santas pascuas!

Tan noble afirmación le vino a los labios de golpe, de manera un tanto forzada por las circunstancias; se le ofrecía la ocasión de materializar ante un testigo lo que no era aún sino una vaga hipótesis. Pero el destino estaba fijado. Arnold no podía desdecirse sin quedar mal. Al subir a su casa, cogió una tarjeta de visita en la que escribió con solemne lentitud: «En caso de fallecimiento, deseo donar mi cuerpo a la ciencia».

Y guardó la tarjeta en la cartera. El señor Spitzweg se ha quitado desde entonces un peso de encima.

—Mire, señor Spitzweg, sintiéndolo mucho, este año no podré darle las vacaciones a caballo entre julio y agosto. ¿Le importaría no tomárselas hasta agosto?

Lachaume parece lamentarlo de veras. Pero Arnold se ha encogido de hombros, y ha replicado con un «bah» dando a entender que le trae sin cuidado. Las vacaciones...

Al señor Spitzweg no le gustan las vacaciones. Desde mediados de julio la Rue Marcadet se queda vacía, hay montones de sitios donde aparcar, y se abren como brechas en el rumor, en la intensidad, en la plenitud de París. Se ven muchos menos niños en la plaza. La señora Bornand se marcha a Auvernia. Una simbología desastrosa. ¿Por qué se empeña París en huir? Arnold sólo ha elegido una cosa en su vida: ha elegido París. El que París ya no guste a la gente y deje de ser el centro de todos los deseos es para él una bofetada. Este año Arnold es más sensible al asunto por Clémence: es como una acumulación de ausencias.

El señor Spitzweg advierte que ha llegado el momento de hacer frente a la adversidad. Puesto que es así, se marchará él también. Pero ya no ocho días a Alsacia a casa de su tío Struber, como de costumbre. No, se marchará de verdad, a otra parte, a ninguna parte. Y ni hablar de un viaje organizado. Por un lado —el lado tercera edad—, Arnold se imagina demasiado bien las conversaciones matinales:

—Florencia estuvo mejor. Nos dieron dos cruasanes y toda la mermelada que quisimos.

Por otro —el lado joven—, habría que apechugar con el amable animador, las alusiones procaces. No, gracias. Arnold se marchará solo, y no al sur: hace mucho calor y la gente es demasiado parlanchína, pegajosa. El señor Spitzweg se ha topado casualmente con uno de sus viejos discos de vinilo. Léo Ferré. Letra de Jean-Roger Cassimon:

Se veían los caballos del mar  
zambullirse de cabeza  
y estrellar sus crines  
ante el casino desierto...

Eso es lo que él necesita. El señor Spitzweg ha soñado con un mes de agosto ni gris ni verde, como el de Ostende.

En el puerto de Ostende venden bandejitas de pescado para comerlas sobre la marcha. Destaca la bonita mancha amarilla del trocito de bacalao ahumado, más unos mejillones, unas gambas y unos aros de cebolla. Uno puede ir picando en la bandejita con un tenedor de plástico, y caminar hacia la escollera, cauteloso y hierático; conviene mantener la mano bien firme y no fiarse del viento ni de las gaviotas. El señor Spitzweg avanza hacia la escollera embutido en su impermeable. Resulta grato el saborcillo ahumado del bacalao mezclado con los vaporosos efluvios marítimos, con la sensación especial que produce estar en el mar del Norte. El cielo es gris, y el color del agua levemente nauseabundo; pero eso a Arnold le gusta. Pese a la amplitud del paisaje que se abre ante él, se siente blando, encerrado. Por fin da rienda suelta a esa morriña que le embarga desde hace dos meses. No es que piense en Clémence Dufour, sino que piensa en su propia tristeza, que a orillas de ese mar cobra una dimensión especial. Le vienen a la mente todas las playas del cine: la «playita preciosa» de Gérard Philippe, la playa de Deauville de *Un hombre y una mujer*. El señor Spitzweg puede ahora ejercitar el derecho de representar su papel, para eso ha pagado. Y algo le dice que lo encarna mejor en el vagabundeo desencantado, el lirismo solitario. Levanta la cabeza, respira el aire salado con la amarga profundidad de quien ha vivido. Sigue manteniendo la mano bien tiesa. Va a coger un poco más de ese bacalao-melancolía.

En Ostende, a lo largo del puerto, se alza un largo paseo lleno de restaurantes contiguos, frente al mar. El señor Spitzweg ha elegido uno casi al azar: todos se parecen. Sin embargo, cada noche vuelve al mismo; al mediodía se contenta con la bandejita de bacalao. Cuando penetra en el comedor, casi siempre es el primero. El barman y el camarero discuten ante la caja. Conversan en flamenco. Cada vez el señor Spitzweg siente que un escalofrío le recorre el espinazo. También por esa razón ha elegido Ostende: por esa sensación de estar en el extranjero. Por supuesto, aquello es Europa, y los trámites de la aduana ya no son lo que eran. Por supuesto, el camarero entenderá perfectamente los platos que ha pedido en francés. Pero es igual. Ese pequeño cachete de las palabras flamencas, con sus zetas, sus uves y sus efes, tiene algo de agreste y de dulce: uno ve a Jacques Brel cantando *Marieke*. El mantel adamascado es de lo más flamenco. Flamencos los cuchillos, los tenedores, por no hablar de la cazuela de mejillones, cuyas exageradas redondeces, de tan flamencas, tienen algo irónico. A unos metros se ha acomodado un anciano y despliega un periódico flamenco cuyos severos y enigmáticos titulares confieren a la actualidad del mundo entero un perfume de misterio... que se acentúa al columbrar el apellido improbable del presidente francés. Arnold los lee a media voz, pensando encantado que tal vez no se pronuncia así. Luego mueve la cabeza y sonríe. El señor Spitzweg ha cruzado la frontera.

El señor Spitzweg coge el autocar para ir a Coxyde. Un autocar flamenco, confortable, tranquilo, repleto de viejecillos domingueros. Coxyde. Un balneario del que le ha hablado Dumontier:

—Unos helados increíbles, tío. ¡No veas la cara que ponían mis críos! En cuanto al clima, no es Saint-Tropez.

No es Saint-Tropez, y precisamente por eso le apetece a Arnold ir a Coxyde. Además le gusta el nombre, más aún con la ortografía flamenca: Koksijde, con sus vocales ásperas y sus consonantes duras: un nombre reñido con el sopor y el bronceado.

En cuanto llega a la playa, el señor Spitzweg se siente en casa. Hay algún que otro niño valiente que sale corriendo del agua, aunque para luego arrebuarse, castañeteando los dientes, en una opulenta toalla. Todo el mundo va con jersey, incluso con cazadora. ¡En pleno mes de agosto! Allí nadie airea panzudos barrigones. Cada hombre es una isla en su disfrute marítimo. De todas maneras, el señor Spitzweg no se hubiera desnudado: la cosa no va con él. Pero cuando uno no se quita la ropa entre gente medio desnuda, suscita la duda: ¿tiene algo que no pueda exhibir? Arnold da las gracias al viento fresco de ese mar del Norte que disipa de antemano el equívoco. Como todo el mundo, se compra un helado —vainilla, chocolate con almendras, pistacho— cuya tonalidad armoniza con la arena, con el gris verdoso del mar, con las nubes cambiantes. Mientras camina, lo saborea con laboriosa aplicación, alisando las diferencias de nivel mediante pequeños lengüetazos y un impecable movimiento circular. Se detiene un instante a contemplar el mar. Vainilla-almendra-pistacho con jersey: seguro que felicidad en flamenco se dice Koksijde.

«Volver a ver París.» Al llegar a la Gare du Nord, el señor Spitzweg se pone a silbar entre dientes la canción de Trenet sin darse cuenta. Sí, en el fondo se marchó sobre todo por eso. En medio del rumor de las siete de la mañana, una gran bocanada de París le impregna el alma, y es más intensa que todas las olas del Mar del Norte. Se toma un café en la barra mientras suenan los avisos por los altavoces: «El tren de alta velocidad 2525 con destino a Bruselas saldrá por la vía 8...». Pero da igual que hablen de otros lugares, ahora Arnold sabe que está aquí. El desparpajo del camarero, el olor de los periódicos recién impresos, un no sé qué parisiense en el aroma del café... El señor Spitzweg coge la maleta y olfatea los pasillos del metro como si fueran un jardín de raras esencias. Las baldosas de cerámica, los colores de los anuncios, todo le gusta. En el vagón que le lleva a Guy-Móquet hay un negro con una enorme bicicleta oxidada a la que le falta un pedal. Sentado en un asiento plegable, el negro tiene la mano posada sobre el sillín y esgrime un gesto de vaga disculpa. En La Fourche, sube un acordeonista al compartimiento y empieza a tocar jivas. La gente no lo mira, pero la jiva se les mete en el cuerpo: a pesar de las miradas abstraídas, del anonimato fingido, de los *Fígaro* y los *Libération* que fingen leer. La multitud matutina que pone cara de no enterarse, un negro con una bicicleta, un acordeonista. El señor Spitzweg está en París.

*La Tierra sin el hombre:* «Parece harto probable que, dentro de dos millones de años, el hombre haya desaparecido del planeta Tierra...».

El señor Spitzweg disfruta cuando descubre un artículo de esa índole en el periódico. Lo mismo que cuando en la televisión dan un reportaje sobre el Big Bang. Cada hombre no es más que un grano de arena en una inmensa playa. Por supuesto, la mayoría de los hombres albergan tal convicción en el fondo de sí mismos. Pero a Arnold le entusiasma ser un grano de arena. En la librería de la Rue Damrémont, se precipita a comprar esas novelas tan de moda cuyas protagonistas son las hormigas. Y eso que no da la impresión de que el señor Spitzweg sea habitualmente un entusiasta del hormiguero. No puede decirse que se encarama encima de sus congéneres, que se amontone... Pero le gusta sentir que los hombres-hormiga se ven sometidos al mismo destino, que nadie vale más que nadie.

¿Saben ustedes que se duerme con un viejo manual de Historia? Los miles de muertos de la Revolución le hacen sentirse bien, la matanza de la noche de San Bartolomé es para él un bálsamo. No es por sadismo, Arnold es el más dulce de los hombres. Pero experimenta un profundo alivio al sentir que uno no decide nada, que unas fuerzas nos llevan, nos rebasan, en el mejor de los casos nos dejan en la playa. No puede decirse que el señor Spitzweg haya tallado el grano de arena a su medida, pero de lejos... Se sepulta en la arena, muy pronto le viene el sueño.

Todavía es verano. El señor Spitzweg se ha dejado unos días de vacaciones para pasarlos en París. Sobre todo, no vayan ustedes a pensar que aprovecha para levantarse tarde. Pone el despertador a las cinco, y sale a caminar. Puente Caulaincourt, cinco y cuarto de la mañana: las tumbas, allá abajo, se ven pálidas, casi blancas. En la Place Clichy, Arnold se tomaría muy a gusto un cafetito en la terraza de un bar, pero están todos cerrados. Un vagabundo, de pie junto a un banco, escucha las noticias en un viejo transistor. El señor Spitzweg baja hacia Saint-Lazare. Una vaga claridad crece al ritmo de sus pasos. Las seis en la Madeleine: se apagan las farolas. De pronto se ha hecho de día. Las exquisiteces de Fauchon dormitan bajo paños blancos. El zumbido de una motocicleta amplifica el espacio; al apagarse, el silencio recobra toda su intensidad. Arnold llega a la Concorde, y se siente libre. Puede elegir. Subir hacia los Campos Elíseos, ir siguiendo el Sena hasta Notre-Dame, o, si no, coger la Rive Gauche rumbo al Barrio Latino.

Se decide en el último instante. Las más de las veces, opta por el Boulevard Saint-Germain, porque le divierte más disfrutar del barrio donde trabaja, inmerso en un ambiente distinto. Empieza a intensificarse el tráfico; sin embargo, delante del Flore y del Deux Magots, los camareros comienzan a colocar las sillas y a limpiar las mesas. París se sacude, pero aún no puede tomarse nada. La aurora despunta en lo alto de las torres de Saint-Sulpice, un fuego muy suave que tiñe la piedra amarilla. El señor Spitzweg se sienta en un banco. Se oye el murmullo del agua bajo la estatua de Bossuet. Puede que Arnold coja el metro para regresar a casa: resulta grato mezclarse con todos cuando se ha saboreado la linde.

En el metro de Saint-Lazare, al pie de la escalera, dirección Mairie d'Issy, hay un ciego. Van pasando los años, pero da la impresión de que no se mueve de allí. ¿Se acuesta alguna vez? ¿Abandona esa atalaya desde la que vela? Antes cantaba, habitualmente canciones de Édith Piaf. Tenía una voz espléndida: *El himno al amor*, amplificado por las bóvedas, le hacía a uno estremecerse de miedo y de gusto. Pero hace tiempo que se limita a colocar ante él un pequeño magnetófono que difunde el mismo repertorio. El enorme perro lobo tumbado a sus pies no debe de ser el mismo; el señor Spitzweg no podría asegurarlo. El ciego sigue allí, de pie, con el rostro alzado. Gafas negras, bastón blanco, impermeable raído, pelo todavía negro, liso y peinado hacia atrás. Arnold deposita siempre una moneda al pasar. El señor Spitzweg no es supersticioso, pero le da la impresión de que le sucedería algo malo si dejara una sola vez de aportar su óbolo. La moneda cae en el pequeño recipiente de plástico, y siempre le responde la misma frase canturreada:

—¡Gracias, que tenga usted un buen día!

Tiempo atrás, el ciego interrumpía la canción para espetársela. Ahora se limita a alzar la voz por encima del magnetófono.

Arnold se aleja a toda prisa: resulta un poco embarazoso oír pregonar su generosidad hasta el fondo del pasillo. ¿Qué podría decir? ¿Sorprenderse del tiempo que lleva el ciego allí, de su aspecto de estatua viviente, petrificada para la eternidad en un rincón de asfalto, dirección Mairie d'Issy? El señor Spitzweg se ha preguntado con frecuencia si el hombre reconoce entre la multitud unos pasos familiares, un modo especial de dejar la moneda en el recipiente. Pero lo más probable es que no. No conoce. Lo conocen a él. Pasan los años. El señor Spitzweg busca siempre una excusa para coger el metro en Saint-Lazare.

Comienza en Francia la Liga de fútbol. Tan noble competición siempre le ha inspirado al señor Spitzweg una pasión moderada. No va a abonarse a Canal Plus para ver los partidos en el televisor, ni tampoco pegar el oído al transistor las tardes de partido. Tampoco se le ocurriría acudir al Parque de los Príncipes, cuya mortal inmensidad le deja helado de antemano. Pero al señor Spitzweg le gusta el fútbol. De adolescente jugó en el equipo de alevines de Kinzheim, en el puesto, cierto que poco espectacular, de lateral... Digamos que sus cualidades técnicas no le permitían aspirar a ocupar un papel más creativo, pero marcaba duro y era agresivo cuando cubría al extremo contrario. Lo dejó en la categoría juvenil: no era plan rivalizar con Wolheber, el que marcaba todos los goles. Hélène Necker sólo tenía ojos para aquel belicoso delantero centro... En algún lugar de su cerebro, Arnold ha conservado la nostalgia del fútbol. De cuando en cuando acude a saciar esa sed al campo de Saint-Ouen. Sí, allí se siente como en su casa. El público es entusiasta pero nunca rebasa los cinco mil espectadores. El equipo del Red Star —por más que se sepa lo que es el fútbol profesional— parece una emanación del barrio, de los suburbios que lo rodean. Como botón de muestra, su nombre: Red Star Olympique Audonien. Arnold es un asiduo de la camiseta verde. Por supuesto, el Red Star hace tiempo que bajó a segunda división. Pero está bien la segunda división. El juego tiene una calidad aceptable, sin esa sospecha que planea sobre los encuentros demasiado trascendentes.

El señor Spitzweg acude allí cada año cuando se inicia la Liga. Todavía flota un efluvio de vacaciones entre el público. El tiempo suele acompañar, y es como despedir al verano mientras se contemplan los pases de los nuevos fichajes. Además, inútil ocultárselo, al señor Spitzweg le encantan las salchichas fritas durante el descanso. En Saint-Ouen no se andan con chiquitas: ¡hasta hacen bocadillos! Arnold sabe que no es muy razonable para su colesterol zamparse la bandeja de dos salchichas, por más que sea la ración mediana. En los partidos de fútbol se da una camaradería peculiar. En cuanto empieza el segundo tiempo, el señor gordo y colorado que lo ignoraba hasta ese momento se vuelve hacia Arnold, con un botellín de cerveza en la mano:

—¡Ése no toca una pelota!

Y el señor Spitzweg, sorprendido de su propia naturalidad, de inmediato le replica:

—¡Y, para colmo, dejan a Ramírez en el banquillo!

El diálogo no pasará de ahí, pero el ambiente cambiará, ¡y cómo! Ebrios de ferviente complicidad y de justa cólera, el señor Spitzweg y su vecino vibrarán a partir de entonces al unísono, hombro contra hombro. Eso sí, al acabar el partido no se dirán ni buenas noches. Así son las cosas en los partidos de fútbol.

—Venga, Spitzweg, ¿ni siquiera un numerito? ¡Que sólo es por apostar con los amigos! ¡Por la vuelta al trabajo!

Arnold se encoge de hombros. ¡No, no jugará a la lotería! No cabe duda de que esa apuesta colectiva deja traslucir un ambiente amistoso al que el señor Spitzweg se muestra receptivo. Cada vez trae a la oficina de correos de la Rue des Saints-Pères una bocanada de aire fresco. La señora Corval apuesta por el día en que nació su abuela, y Clémence Dufour finge pensárselo... pero elige el dieciocho, lanzándole una miradita melancólica a Arnold, una alusión discreta al distrito XVIII, a esos días en que pasearon juntos por el París-Spitzweg.

—¿Y usted, jefe? ¿Una apuestita?

Lachaume refunfuña, para que no se diga, y, en plan provocador, reivindica el número trece. Acto seguido, Dumontier, gesticulando con las mangas a lo Belmondo, evoca la gran vida que se pegarán: hoteles de lujo, piscinas, yates y casinos.

—Estupendo, Dumontier, ¡pero no se olvide de los impresos del plan de pensiones!

Todos sonríen, se tronchan, y flota por la oficina una oleada de felicidad. Pero Arnold no juega. Ni siquiera a las quinielas, pese a su autoridad en materia de fútbol. ¿Está satisfecho de la vida el señor Spitzweg? Tal vez. En lo que atañe a su cuenta en el banco, desde luego. Le encanta notar en el fondo del bolsillo los ocho billetes de cien francos que cobra cada semana. El paquete de Ninas que compra en el Penalty sabe mejor gracias a esa pasable holgura. Las cuentas que tuvo que echar antes del viaje a Ostende contribuyeron a que las bandejitas de bacalao le supieran más sabrosas. Un francés medio en un barrio popular de París: dos requisitos imprescindibles para disfrutar de la vida a lo Spitzweg. ¿Qué más puede desearse? Arnold puede permitirse, cuando le da la gana, comprar una entrada para ver un partido en el estadio del Saint-Ouen, ir a comer al Francis, fumarse un Ninas, tomarse una caña. Cuando Dumontier mencionó un hotel de lujo, Arnold se vio durante unos fugaces instantes en la entrada del Majestic de Cannes. Le cogería la maleta un botones, y él se quedaría allí, alorado, sin saber cómo darle la propina.

Eso sí, el señor Spitzweg ha conservado en lo más hondo de sí mismo el cosquilleante hormigueo de algunos sueños descabellados: Estambul en el Orient-Express, un viaje por la Toscana en un Jaguar inglés verde... Sin saber muy bien por qué, mezcla la madera veteada con la dulzura franciscana. Pero se trata precisamente de placeres imposibles, eternamente refractarios a la cáscara humana de un Spitzweg. Acceder a ellos merced a un boleto de quinielas es para Arnold una definición bastante buena de la vulgaridad. El señor Spitzweg es demasiado orgulloso. Se fuma su Ninas y se toma su cerveza.

El señor Spitzweg no apuesta. No obstante, estuvo a punto de jugar. Era un famoso juego televisado, que no conocía pero del que oía hablar con frecuencia en el comedor. Un día la señora Corval le espetó:

—¡Usted sí que tendría que ir, señor Spitzweg! ¡Usted que siempre lo sabe todo!

Arnold se puso colorado y balbució, más sorprendido que avergonzado:

—¿Que siempre lo sé todo?

Rara vez se le presenta la ocasión al señor Spitzweg de recibir un cumplido. Pero un cumplido elogiando su cultura resultaba de lo más inesperado. Durante mucho tiempo, tuvo el convencimiento de que su grado de ignorancia era lamentable. Como alumno, era concienzudo pero distraído, y nunca descolló en clase. Desde que acabó los estudios, se limita a leer el periódico, va muy poco a los espectáculos y apenas al cine. El que con los años se hayan atenuado sus complejos obedece a que pocas veces tiene ya ocasión de que lo juzguen. Por eso, el entusiasmo de la señora Corval le pareció totalmente extemporáneo. Pero Dumontier tomó de inmediato el relevo:

—¡Pues claro! ¡Cuando hablamos de fechas de películas, de elecciones, de conflictos internacionales, de competiciones deportivas, usted sabe siempre todos los nombres y todos los años exactos!

Ah, bueno, era eso... Sí, el señor Spitzweg está de acuerdo: tiene una excelente memoria. Los nombres propios se le quedan grabados con una precisión que, aunque a él le parece normal, sorprende a sus semejantes.

Arnold miró *Preguntas para un campeón*. Las preguntas no le parecieron muy difíciles. ¿Y si se decidía? Con un poco de suerte, podría volver dos o tres veces, hacerse famosillo entre los comerciantes de su barrio, justificar el pronóstico de la señora Corval. Hasta podía ser que le viera Hélène Necker en Alsacia, y el grandullón de Wolheber se pondría amarillo de envidia. Sí, la idea era tentadora... Arnold llegó a inscribirse en las pruebas de selección. ¿Qué pudo disuadirle en el último momento? Tal vez las bromas del presentador. Al señor Spitzweg nunca se le ha dado muy bien la ironía, el segundo grado. El pensar que iban a ponerle en aprietos ante millones de miradas...

Eso fue lo que alegó en el comedor para justificar su renuncia. Sabía que actuaba de mala fe al decir eso. La otra razón no era tan confesable. Arnold pasó unos días nerviosísimo. Temía que hubieran glorificado demasiado su capacidad para retener datos y hechos, esa capacidad que ignoraba pero que no podía sino reconocer. No se enorgullecía realmente de ella, sino que de pronto la sintió más lejana, más triste. A fuerza de tanto analizarse, el señor Spitzweg llegó a inventarse esta extrañísima paradoja: «Sí, tengo memoria, pero porque no tengo recuerdos».

En el Square Carpeaux los castaños están apenas un poco más pálidos. Todavía hace muy buen tiempo, mucho calor. Pero el señor Spitzweg lo advirtió con claridad. Un no sé qué demasiado almibarado en el sol del final de la tarde. Una bruma más fresca en el rumor del amanecer. Va a empezar el otoño. Claro que no será como en Kinzheim. No podrán cogerse moras en los setos, ni setas en el corazón del bosque de los Vosgos, ni doradas uvas en las viñas combadas. Pero tal vez sea mejor así. El otoño de París está, más que nada, en la cabeza.

El señor Spitzweg gasta poquísimo en ropa. Pero casi cada año se compra un nuevo jersey de otoño.

—¿Cómo? ¿Ya con jersey, Spitzweg?

Sí, a Arnold le gusta ponerse su jersey un poco antes de lo normal, a veces sobre una camiseta..., esa sensación áspera en los antebrazos es deliciosa. El marrón, el chocolate, el verde cardo, el verde de Irlanda: los tonos del jersey se declinan en distintas tonalidades, siempre son los mismos en apariencia. Pero para Arnold cada vez es como si comprara un bosque nuevo. Un bosque mental en el que uno puede internarse en pleno corazón de París.

Ya puestos, renueva también su goma de borrar y su pluma. Hace las compras para el nuevo curso, afanoso, entre los niños y las madres con prisas que van arramblando al azar los objetos de las listas escolares. Fuera, con aquella luz de septiembre, las calles están casi azules. Pero el señor Spitzweg está en otra parte. Estrena ropa, y comienza a acabar.

De haber proseguido las relaciones con Clémence Dufour, ¿hubieran querido tener un niño? Los conocimientos ginecológicos del señor Spitzweg son bastante limitados, pero le da la impresión de que la edad de Clémence hubiera constituido al respecto un auténtico dilema. Clémence, demasiado joven como para rechazar la idea de entrada, sin duda ha alcanzado ya ese umbral en el que el proyecto de tener un hijo debe plantearse con no pocas reservas y precauciones. Pero ¿por qué trasladar la ambigüedad del asunto a la realidad biológica y a la estricta responsabilidad de una eventual compañera? Arnold es totalmente consciente de que es sobre todo un problema metafísico.

La perspectiva de tener un hijo ¿habría representado para él una alegría o una catástrofe? Arnold meneaba la cabeza. Hay ya suficientes horrores en este mundo que justifican la renuncia a semejante proyecto. Y también tanta estupidez en torno a los cochecitos de niño que pululan por el Square Carpeaux, frases del orden de: «¡Son tan lindos a esta edad, no deberían crecer!...».

En lo que hace al olor de los pañales, Arnold apenas prefiere el de la leche Poupina.

Puros subterfugios —lo sabe muy bien— que, si tuviera ganas de verdad, no tendrían sentido. Pero, en cambio, el señor Spitzweg no se atreve a hacerse a la idea de que un hijo le hubiera cambiado por completo la vida. ¿Para mejor o para peor? El señor Spitzweg no quiere confesarse que hubiera podido ser para mejor. Esa desgarradora idea le asalta en las horas de insomnio, y él la duerme con un Témesta. La vida toma a ser lisa al despertar. Antes de tomarse el café, baja a comprar el periódico. El horóscopo del día no se aventura a prever ni felicidad ni catástrofe.

Muchas veces el señor Spitzweg, los sábados o los domingos por la mañana, sale a caminar sin rumbo. ¡Ah, esa efervescencia de los domingos por la mañana, ese olor a pollo asado al que sucederán por la tarde tantos paseos familiares a ritmo lento, tanta melancolía! El señor Spitzweg tiene sus preferencias, y éstas dependen de su humor: el canal Saint-Martin cuando tiene la moral alta, y las Buttes-Chaumont, los días de nostalgia. Pero también le gusta no saber muy bien dónde está, recorrer el anonimato de los Boulevards Extérieurs, para luego coger una calle transversal y hundirse de repente en la atmósfera de un barrio.

Sus pasos lo han llevado esta mañana hasta el mercado Georges Brassens. Todos esos puestos de postales antiguas, secantes, soldados de plomo, sellos, coches en miniatura... Allí la gente no se mira: apretados unos contra otros, se entregan a su pasión, ignoran al vecino. Lo único que cuenta es la conversación con el vendedor. Tras la aparente indolencia de los regateos flota como una confesión, una inquietud febril, conmovedora. Para algunos, lo esencial tiene los colores de un Maserati Dinky Toys reducido al 1/43, en su caja de cartón amarillo; para otros, los de una locomotora y su biela, muy realista, con los trozos de carbón adheridos.

El señor Spitzweg mira primero sin acercarse demasiado. Pero uno no puede limitarse durante mucho rato a ser un mirón en ese juego, no sería delicado. Entonces, Arnold pasa delante de los tenderetes y echa una mirada divertida, distante. De repente su mirada cambia de expresión. En ese montón de Tintines del año 1959 le llama la atención una cubierta. ESPECIAL NAVIDAD. 45 páginas. El abeto negro y, en cada una de las bolas rojas, rostros familiares: Tintin, Haddock, Tornasol, la Castafiore. El señor Spitzweg se ha quedado petrificado. Por hacer algo, pregunta el precio balbuceando.

—¿Le interesa el año 59? ¡52 números, 800 francos!

¡No, hombre, no! ¡Arnold no quiere todo el año! Para él, el deseo de Tintin empieza con ese número especial de Navidad. Las bolas rojas, el abeto negro. Le habían suscrito sus padres. Dos días antes de Navidad llegó el número por correo, con la pequeña faja: Arnold Spitzweg, Place de la Fontaine, Kinzheim (Bajo Rin).

No venden números por separado. De todas maneras, el señor Spitzweg sólo ha preguntado por preguntar. Es demasiado fuerte, hace demasiado daño; en esos casos, Arnold opta por salir huyendo. El señor Spitzweg finge mirar unos soldados de plomo, se aleja y enseguida respira aliviado. ¡Qué agradable es el anonimato de los bulevares exteriores!

La señora Corval es una compañera simpática, dinámica, alegre. Pero tiene cierta tendencia a meterse donde no la llaman. A Arnold le horroriza oírla volver periódicamente a la carga:

—Pero ¿cómo hace usted para no aburrirse, señor Spitzweg?

—Querida señora Corval, métase de una vez por todas en la cabeza que yo no conozco el sentido de la palabra «aburrimento».

—Puede ser. ¡Pero hay que sentirse útil en algo! ¡Hay tantas asociaciones! Yo, si no participara en la recogida de ropa para los pobres, notaría que me falta algo. No le quepa duda: ¡dando a los demás es como se recibe!

El señor Spitzweg tuerce el gesto. Lo de dar, pase. A pesar de sus hábitos de soltero, nunca ha sido tacaño. Cada vez que va a Alsacia, colma de regalos a los hijos de sus primos Struber. Apenas opone resistencia a los requerimientos de los mendigos de diversa calaña que pululan por todos los confines de la capital, se muestra más que generoso con el calendario de Correos y el de los bomberos. No, dar nunca le ha parecido desagradable. Pero la sola idea de recibir... La señora Corval ha elegido mal su estrategia.

El señor Spitzweg lo recuerda. Fue en el teatro del instituto, en Sélestat. *El viaje del señor Perruchon*, otra obra de Labiche. ¡*El caso de la Rue de Lourcine* había tenido tanto éxito el año anterior! Varias escenas había dejado en Arnold una impresión duradera. Al señor Perruchon le salva de una caída en la montaña un pretendiente de su hija. Pero él mismo salva a otro pretendiente. Por supuesto, su salvador le inspira un sordo rencor y, en cambio, el joven que le debe la vida, una emocionada ternura. Arnold estaba acabando el bachillerato; las clases de filosofía no le apasionaban gran cosa. Pero, de repente, gracias a Labiche le había parecido palpar el fondo de la naturaleza humana, cuando menos de la suya.

Claro, eso demuestra que somos malos, claro, es vagamente vergonzoso, claro, es ridículo. Pero hay que apechugar con ello, y toda la vida del señor Spitzweg está cuidadosamente construida sobre la ausencia de gratitud. Al fin y al cabo, no molesta a nadie. Dar, pase, ¡pero recibir!

Ya casi es Todos los Santos. En las Tullerías, los castaños se han teñido de marrón y de oro, pero las hojas todavía no se caen. Cada año ocurre lo mismo. Creemos identificar el otoño con la palabra octubre, tan larga en la boca, tan solemne, tan afrutada, tan postrera. Pero cada año noviembre acaba siendo el auténtico mes de otoño.

Ha vuelto junto al estanque el hombre que alquila barquitos de vela por las tardes; seguramente se marchó debido a las vacaciones escolares. Su carro es como un rito iniciático, heterogéneo ensamblaje de tablas y ruedas de cochecito de niño. Al señor Spitzweg le gustan esos veleros de quilla profunda, con velas ásperas de lona pesada, naranjas, oscuras, blanco mate. No le produce la menor vergüenza alquilar un barquito. Esta tarde el suyo es de un azul desvaído que debió de ser añil. Arnold acerca una silla blanca y redonda y, con los pies apoyados en el borde del estanque,

propulsa su barco con la punta del junquillo. Un solo golpe pero perfecto, meditado, en la popa plana. El velero se desliza sin trabas, y muy pronto comienza a distraerse en las olas concéntricas acercándose al surtidor. ¡Si pudiera verle la señora Corval! Al pasar bajo las primeras gotitas, el velero se cruza con un fugaz arco iris. Otras embarcaciones han naufragado contra la piedra, en el centro del estanque. Pero esta noche, una vez más, el velero de Arnold tiene suerte y se limita a girar; roza la colisión, se recobra y una ráfaga de viento lo devuelve a alta mar. En tomo al estanque, los niños lanzan gritos de terror, de excitación, corren de acá para allá, se inclinan para volver a lanzar su barco en cuanto se acerca un poco al borde. Pero el velero de Arnold ha salido disparado, dispuesto a realizar un crucero de altura. Una manchita color añil pálido y aquella estela... ¡Qué se va a aburrir el señor Spitzweg!

—Pues sí, Spitzweg, allí por lo menos estoy tranquilo. Están los peces, desde luego, pero en el fondo es lo de menos. La mayoría de las veces, los vuelvo a lanzar al agua antes de marcharme. Mi mujer está hasta el gorro de preparar pescado. No, a mí lo único que me interesa es la captura, el momento en que pican, cuando notas que algo se mueve. Lo importante es estar allí, sentado en la orilla. Me fumo un pitillo, no pienso en nada... ¡Eso es la felicidad!

El señor Spitzweg remueve el café con la cucharilla y dice «sí, sí». Dumontier parece muy seguro de sí, muy filósofo. Pero hay algo en sus palabras que chirría un poco, un no sé qué de vehemencia pueril.

—No te ha tentado nunca la pesca, Spitzweg?

Arnold carga un poco la mano en su falsa modestia. De niño pescó con caña, pero la pesca de la trucha nunca se le dio bien. No dominaba bien el carrete. Se le enredaba siempre. Dumontier se pavonea, adopta un tono un pelín condescendiente:

—No, hombre, no, si eso está tirado, te lo juro...

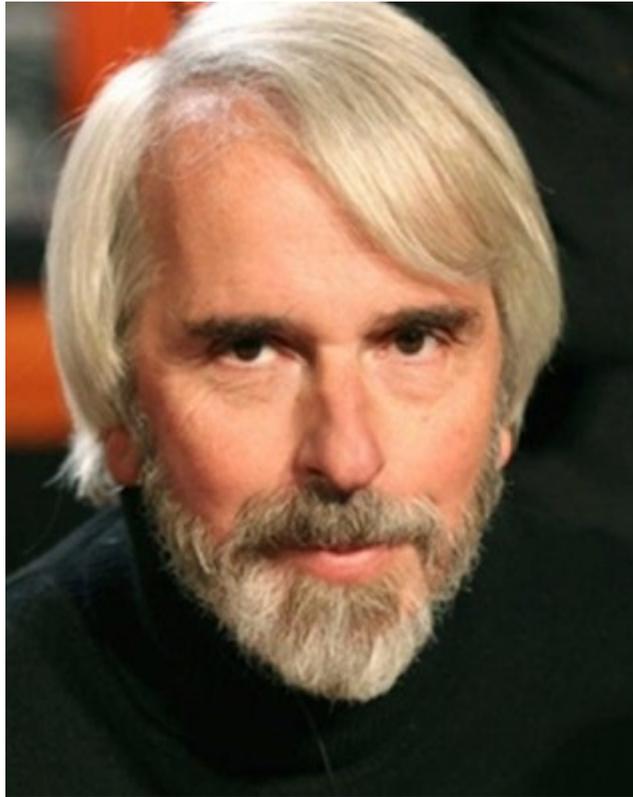
El señor Spitzweg a veces es perverso. Le encanta jugar a la ignorancia total, a la torpeza inhibitoria. Pero ¿ha sabido interpretar Dumontier esa sonrisita que ha asomado en los labios de Arnold? En el fondo de su humildad, el señor Spitzweg triunfa. Piensa sencillamente que si le entraran ganas de sentarse a la orilla de un río, no necesitaría pretender pescar.

Nevará dentro de unos días.  
Me acuerdo del año pasado, me acuerdo de mi  
tristeza junto al fuego. Si me hubieran preguntado «¿qué es?»,  
habría dicho: «Dejadme en paz, no es nada».

El señor Spitzweg recuerda este poema de Francis Jammes. Estaba en segundo de bachillerato. El profesor había hablado de torpeza voluntaria y luego se puso a explicar el texto. Arnold no atendía. Se había quedado meditando sobre ese primer verso extraño. «Nevará dentro de unos días.»

Arnold siempre esperaba la nieve. Significaba tantos paseos en trineo con Hélène Necker por las callejas de Kinzheim. A veces se contentaban con deslizarse en una bandeja de aperitivo, cuando el zapatero Apfelbaum le había prestado ya a alguien su pequeño trineo. Por supuesto, uno podía esperar la nieve. Pero ¿preverla? «Nevará dentro de unos días.» Era algo casi absurdo oír de pronto esas palabras en el calor-hastío de la clase de la tarde. Un poco mágico también. Luego tuvieron que aprenderse el poema. A Arnold le parece estar oyendo la voz de Hélène, ligera, como sorprendida por un misterio, la voz monocorde y hosca de Wolheber.

El acento alsaciano sube por la Rue Marcadet. Con la frente pegada al cristal, Arnold se pregunta por qué le volverá ese poema ahora, un día apacible de noviembre. El señor Spitzweg no espera ya nada. Nevará dentro de unos días.



PHILIPPE DELERM. Nacido el 27 de noviembre de 1950 en Auvers-sur-Oise, es un escritor francés.

Hijo de profesores. Tras una feliz infancia, comenzó a trabajar como profesor de literatura en el Collège Marie Curie de Bernay. A partir de 1976, empieza a enviar sus obras a diversas casas editoriales; pero deberá esperar hasta 1983 para ver una de ellas finalmente publicada. Se trata de la novela *La quinta estación (La Cinquième saison)*, publicada en español, en 2002.

En 1997 su libro de relatos *La première gorgée de bière et autres plaisirs minuscules* (publicado en español como *El primer trago de cerveza y otros pequeños placeres de la vida*) obtiene el premio Grangousier y permite a Delerm empezar a ser conocido por el gran público.

Es padre del cantautor Vincent Delerm.